



TONOS DE VERDE

SELECCIÓN DE RELATOS

Marié Rojas Tamayo



TONOS DE VERDE

Cierta vez, una amiga venida de Europa, mirando el paisaje que admiraba desde mi balcón, dijo: "**Lo más sorprendente son los tonos de verde. Es increíble cuántas tonalidades se dan en este clima**". Yo nunca he viajado para poder comprobar las diferencias tonales entre el acá y el allá, pero no dejó de sorprenderme su observación, pues para mí era tan normal la visión de las copas de aquellos disímiles géneros vegetales, que estuve a punto de perderme la maravilla que encerraban. La vida es así, el deslumbramiento depende de los ojos del que mira.

Cuando Aida logró, tras meses visitando posibles viviendas, encontrar el refugio ideal para sus lienzos, no cabía en sí de gozo. Había sumado sus ahorros vendiendo cuadros de catedrales y Cristos de la Habana, al apartamento que le dejó su madre al morir, pequeño, pero muy bien situado en el centro de la ciudad, a la casita en las afueras de la tía Berenice, para obtener, finalmente, su soñada casona de impecable arquitectura colonial, gracias, entre otras cosas, a las prisas de un matrimonio que se acababa de separar y andaban desesperados por reinstalarse lo más lejos posible uno del otro.

La casa, un poco abandonada - bastante, si no la hubiera visto con sus ojos de artista - era una mansión de dos plantas, con patio de frutales y jardín delantero. Un enorme garaje, a falta de auto propio, le serviría para instalar su estudio, donde al fin disfrutaría de la tranquilidad para emprender **su obra**, no aquella que había estado obligada a hacer por requerimientos de un mercado poco amante del verdadero arte, en busca de un souvenir apurado que colgar en sus paredes como prueba de su visita a la isla.

Fue la tía Berenice, la que con el sentido práctico de siempre, dijo al segundo día: **"El calentador de agua no funciona"**, al tercero: **"Las losas de la cocina están levantadas, en las rajaduras se meten los ratones"**, al cuarto: **"La columna de la sala tiene grietas"**, al quinto: **"El techo del comedor tiene filtraciones, parece que el baño que le queda encima tiene alguna tubería reventada"**, y al sexto: **"Creo que necesitamos reparaciones generales"...**

A la semana estaban buscando un albañil, un plomero y un maestro de obras.

Les apareció todo en uno. Un señor de piel oscura, delgado y alto como caña de bambú, que caminaba semi inclinado para no tropezar con los marcos de las puertas. Dijo ser especialista en la materia, resultó que no cobraba un presupuesto muy elevado y se encargaba de traer los materiales - cuyo origen y legalidad, por discreción, decidieron no averiguar -.

Quedaron en que empezaría cuando lo tuviera todo listo.

Pocos días después, se detenía un camión frente al bello portal de columnas barrocas llenas de enredaderas. Las escaleras de mármol vieron como sobre ellas se dibujaba un surquillo de restos de arena, recebo y cemento, materiales destinados a resanar los efectos del tiempo y el abandono.

Le siguieron cajas con azulejos, color rosa para el baño de la tía, púrpura para cumplir el sueño de Aida de tener un baño semejante al que vio en casa de los amigos diplomáticos que le compraron el último lote de óleos con vistas capitalinas, verdes con cenefa para la cocina... Tras ellas llegaron más cajas con tuberías, codos, llaves y otros artilugios que servirían para que el agua, detenida en el piso bajo desde hacía veinticuatro horas, subiera de nuevo a las duchas y sanitarios. Cuando terminaron de bajar la última caja y colocarla en el amplio recibidor, Aida aplaudió.

A la mañana siguiente, con un enorme maletín bajo el brazo, llegaba el maestro de obras. "**¿Sus herramientas?**", preguntó Berenice, tal vez deseosa de iniciar una conversación y sentirse más a tono con la intromisión de un desconocido en su vida, ya de por sí cambiada cuando decidió apoyar a la sobrina - ausente porque era el día que tenía asignado en la Asociación para comprar pinturas -, en su deseo de mejorar de vivienda. Hasta el momento no había pasado de ser una amable solterona, querida por todos en su rinconcito alejado del bullicio. Este salto al "**mundo de afuera y la vida en común**", la tenía un poco desajustada.

- No, señora, es que no puedo trabajar si no me inspiro con la música.

Justo cuando la tía iba a decir que ella amaba la ópera y los clásicos, que tenía una buena colección y que tal vez se los podía mostrar cuando terminara su jornada, el señor Junco - así le llamaremos, pues no podía ser otro su apellido con tal apariencia - extrajo una reproductora de casetes del bolso, marchó a grandes trancos tambaleantes hacia la cocina, la enchufó a la corriente y apretó una tecla. El sonido emitido fue suficiente para acallar a la anciana, que se retiró a su cuarto con el pretexto de tomar una aspirina, frase solo escuchada por sus pobres oídos, pues ya el maestro cantaba a toda voz mientras preparaba su mezcla.

Cuando llegó Aida cargada de tintas y lienzos en blanco, la sorprendió una música ensordecedora y un albañil ceniciento de puro embarre que le espetó: "**Por algún motivo la mezcla no cuaja**". Corrió a ver a la tía y la encontró casi llorando, con una bolsa de hielo en la cabeza. De algún modo logró convencerla de que, si ese era el único modo de que el hombre se inspirara a trabajar, más valía dejarlo, pues ya se le había dado la mitad del dinero por adelantado, "**además, tía, dónde conseguimos otro antes de que se eche a perder el cemento, al menos él es**

una persona honrada, porque en toda la mañana no se ha movido de la cocina, las huellas andarían delatándolo por la casa".

- No te preocupes, mi hijita - le respondió Berenice entre sollozos - yo me acostumbro. Si Dios quiere esto acaba pronto.

Se equivocaba.

Primero fue la mezcla que no tomaba consistencia, luego las lozas no se fijaban al piso; más tarde las tuberías, cuidadosamente armadas en compleja maraña, comenzaban a caer en el momento preciso en que recomenzaba a correr por ellas el agua; el tomacorriente de la cocina explotaba y el concierto de Paulito FG, La Charanga Habanera, NG la Banda y Bamboleo no tenía para cuando acabar – en el momento de la explosión, la reproductora se encontraba trabajando con baterías -.

Cuando las puertas comenzaron a cerrarse y a abrirse solas, los objetos a caer de las mesas a pesar de las ventanas cerradas y la gravilla a derramarse de los sacos cerrados, la tía y la sobrina comenzaron a prestar atención a los comentarios del albañil-plomero acerca de que no era su falta de pericia, ni la calidad de la materia prima la causante de tanto desatino: **La casa tenía un fantasma.**

- Yo tengo un padrino muy bueno - dijo el señor Junco sacándose del bolsillo un montón de collares de cuentas multicolores -. No piensen que escondo la religión, es para que no se me manchen, pero siempre van conmigo.

Berenice trató de balbucear algo ininteligible acerca de la iglesia única del señor, el paganismo, los falsos ídolos y la herejía, mientras Aida sonreía desde el escepticismo inculcado en las clases de comunismo científico. Un Buda de porcelana se derrumbó aparatosamente de su repisa sobre el cubo de mezcla, aunque no corría la más mínima brisa; la puerta de uno de los cuartos superiores se

cerró y las tuberías vueltas a colocar en correcta armazón comenzaron a zafarse, casi al compás de las tumbadoras de los Papines, que atronaban desde el cuarto contiguo.

- Decía - carraspeó el maestro de obras -, que si quieren lo llamo. Para asesoría...

Dos cabezas asintieron al unísono.

No más romper el sol, ya estaba llegando el señor Junco con su Padrino, que resultó ser un joven rubio, de ojos claros, con muy poca o ninguna sangre africana en sus venas - en estos lados del mundo nunca se sabe qué ocultan los genes -. El Padrino comenzó por preguntar si no habrían sido los ratones, luego sugirió registrar la casa por si había algún gatito, ratón o pájaro que hubiera quedado atrapado desde el día en que se cerraron las ventanas para evitar que el aire tumbaba los objetos. Un cenicero voló en perfecta trayectoria para estrellarse contra su sombrero, que acaba de colgar en un gancho de la puerta.

- En fin, empecemos - masculló - solo quería estar seguro.

Pidió el teléfono y llamó a una amiga espiritista. Se necesitaba alguien que identificara la identidad del causante de tanto destrozo, él solamente administraba la cura.

La médium, una muchachita de apenas dieciocho años, con un vestidito hecho con medio metro de tela estampada, llegó al mediodía y fue recibida en el portal por una andanada de arena lavada, que se elevó de uno de los sacos en señal de protesta.

- Es un muerto oscuro - fue la frase con que hizo entrada.

Para reponer fuerzas, pues les esperaba un trabajo duro, comieron arroz a la milanesa, cocinado por el Padrino, que resultó ser un experto en cocina

internacional. La comida fue servida festivamente en el patio, a la sombra de unas palmas muy simpáticas y seguras - la mata de mangos y la de aguacates fueron desechadas por razones obvias -. Mientras comía a cuatro carrillos, la pitonisa contó que había descubierto sus poderes desde la primera infancia, cuando se dio cuenta que llevaba horas jugando con el espíritu de unos hermanitos gemelos, y no con dos niños vivitos y coleantes. Una vez terminado el almuerzo, que Aida elogió casi excesivamente, pusieron manos a la obra.

Se creó el ambiente propicio, en un cuarto que se despojó previamente de adornos y cuadros, para evitar lanzamientos. Fueron encendidas dos velas y colocado entre ellas un vaso de agua; la muchachita se retiró al baño y reapareció transfigurada, con un pañuelo de óvalos anudado en la cabeza y una mantilla sobre los hombros. "**Así es como viene la gitanita**", les explicó mientras encendía un tabaco. Poco después, con los ojos en blanco, entremezclando español y caló, comenzó a describirles al agresor: Era un hombre de mediana edad, trigueño, alto, de bigote poblado y complexión robusta.

- Es tu papá, Aida - saltó Berenice, pero fue mandada a callar con una seña.

- Lleva una camisa de flores y un pantalón color marrón, calza mocasines... - siguió la otra desde su trance.

- ¡Tía, ni loco mi padre si hubiera vestido con una camisa de flores! - protestó

Aida - Lo suyo eran trajes de color entero, camisas claras y zapatos de cordón.

- Pero entonces, ¿quién es? - preguntó el Padrino, aprovechando que se había roto la norma de no interrumpir a la vidente.

- Dice - dijo ésta tras una convulsión que obligó a persignarse a Berenice -, que es el arquitecto que construyó esta casa. No quiere que le sigan perturbando. ¡Que

se vayan los intrusos! - y con una última contracción, que envidiaría cualquier bailarín de danza moderna, cayó al suelo.

Una vez recuperada, fue despedida entre frases de agradecimiento, tras abonársele un billete de veinte pesos, que tomó diciendo que ella no cobraba por su trabajo, pero necesitaba dinero para ponerle flores a la gitanita. De regreso a la sala, el Padrino se colocó la gorra de oficiante, el maestro de obras sus collares y, entre comentarios acerca de la urgencia de hacer la obra purificadora, pues ya el espíritu estaba sobre aviso y podía tomar medidas extremas, comenzaron a extraer una serie de ingredientes de una bolsa. Para cualquier iniciado serían elementos obvios, pero para la pobre Berenice fueron el motivo para ir a buscar su rosario.

- Necesito una botella - dijo el Padrino.

- ¿Una botella? - palideció la tía mientras pasaba las cuentas de una mano a otra.

- No se preocupe, señora, una botella vacía, cualquiera con tal de que tenga tapa: es para atrapar al muerto, para embotellarlo, si le gusta más así.

- ¿Usted dice, **embotellar**, como en los cuentos árabes del genio encerrado? - sonrió Aida.

- Pues aunque no lo crea, esas historias tienen mucho de verdad - aseveró el señor Junco, con tal expresión que a Aida se le congeló la sonrisa.

- Es que... - se hurgó nerviosamente la anciana una oreja con un hisopo, descubriendo que perdía audición cuando se lo introducía - con el lío de la mudanza botamos los trastos viejos, no tenemos botellas vacías de ningún tipo. No me atrevo a pedírsela a los vecinos, porque la fama de bruja no me la quita nadie, yo soy recién llegada, imagínese.

Por uno de esos enigmas del destino, todos los ojos se dirigieron a un botellón de cristal soplado, que misteriosamente había sobrevivido a los lanzamientos. Su hermosa tapa esférica brillaba a la luz, lanzando destellos verdosos.

- ¡Ah, no! - protestó ella sin necesidad de que se hiciera algún comentario - ¿La botella que mi abuela trajo de Italia? ¡No! Si tiene que ser así, que se quede el muerto suelto por la casa, porque a mí no me botan el único recuerdo que me queda de ella.

Por toda respuesta, Aida la tomó suavemente del brazo y la llevó al comedor, desde allí comenzaron a llegar dos voces cada vez más altas, una defendiendo el derecho a conservar su amada reliquia, otra recordando los percances de los últimos días, los materiales echados a perder, la cuenta de gastos que se elevaba, los adornos rotos, la obstinación de tenerse que bañar con un cubo en el reducido baño de servicio, la tranquilidad perdida, "**y recuerda que hasta que no se terminen los arreglos no se acaba la música a todo volumen**"...

Al parecer este último argumento fue más que convincente, porque regresaron a la sala, donde ya los esperaba el Padrino con la botella en la mano:

- Para evitar que el difunto nos la rompa

- Mi tía dice que presta la botella, con tal que después se la dejen donde estaba.

- Allá usted, señora, si se quiere quedar con el genio embotellado, como dice su sobrina... - se encogió de hombros el señor Junco con una sonrisa siniestra.

Lo que sucedió a partir de ese momento, es un secreto vedado a los profanos, sólo diré que la ceremonia fue todo un éxito. Ya está la mezcla fraguando y las tuberías esperan el momento en que el agua corra por ellas. El Padrino le da recetas de comida coreana a Aida, al tiempo que ésta le invita a ver sus pinturas

"una noche, con calma, mi obra no es fácil, soy una pintora conceptual". La tía Berenice se abanica en su sillón, con dos taponcitos de algodón en los oídos, dando gracias al Señor por haberla ayudado a encontrar de formas misteriosas el modo de mitigar los sonidos...

Y yo, desde la botella - en mala hora la respeté; tengo debilidad por el vidrio soplado, máxime si es antiguo -, pienso que si no me hubiera dado por molestarlos, no estaría en esta ridícula situación. Cuando las vi llegar me cayeron tan bien, la pintora con sus meditaciones entre inciensos, la tía con sus conciertos de Bach, que pensé que íbamos a ser felices.

Fue la llegada del señor Junco con su polifonía ensordecedora la que me dio por echar a perder los materiales primero y romper las estructuras después - no sabré yo de esos menesteres -; al ver que no se iba, me fui enfureciendo, creo que hasta se me fue la mano con algunos adornos de la viejita, pero es que la música tan alta me exaspera...

Si hubiera tenido paciencia, ya estaríamos libres de él. Quién me iba a decir que el muy condenado era un iniciado en la Santería.

Entre tanto, es evidente que la pintora se ha enamorado del Padrino. Éste le está diciendo que le encanta el rock - a mí que las tumbadoras me daban migraña -. Ella, con tal de complacerlo, le dice que no puede vivir sin Pink Floyd, Queen, Black Sabbath y sabe Dios cuántos grupos cuyos nombres no comprendo, pues su inglés no es muy bueno. Él le sonríe embobecido y la tía, gracias a sus algodoncitos, ignora la conspiración que se está fraguando a nuestras espaldas.

Por eso decía lo de los tonos de colores al principio, aunque aquello parecía no tener que ver con el resto de la historia...

Ahora el único tono con el que veo el mundo es el verde del cristal de la botella.

EL GRAN PREMIO

Por suerte no sé nada del oficio de escritor, no se me pega el estilo, ni la inspiración, a veces ni la ortografía, y eso que trabajo en una imprenta, pero tal vez esa sea justamente la causa de que no pueda dejar de pensar en mi amigo Manolo y el Gran Premio.

Siempre he admirado lo en serio que se cogía su tarea de escribir, su afán de trascender. Sumergido en montañas de libros con las puntas dobladas, marcando la página por donde se había quedado, la frase que citaría, el posible exergo... Sin contar los montones de papeles emborronados, las cuartillas archivadas en su viejo ordenador, las arrugadas para botar, las que ya estaban en la papelera, las que había botado, recogido y tenía puestas a estirar debajo del diccionario de la Real Academia.

Es así, entre historias pasadas, futuras y a medio hacer que evoco su imagen, como si cualquier tiempo anterior hubiera sido borrado.

Todo comenzó cuando Sandra, la novia del momento, emocionada por el poema que le había dedicado en la borrachera de la noche anterior y que ahora leía, estrechando de la manera más cursi la pobre hojita contra sus tetonas, dijo: “¡Esto tiene que ser leído por el gran público! ¡Tienes que publicar, cueste lo que cueste!”

¡Qué bien se ve que Sandra, camarera de la cafetería de segunda donde almorzaba mi amigo, no tenía idea de lo difícil que es publicar en estos tiempos! Que me lo diga a mí, que trabajo diariamente en el oficio de empalmar las letras de los señalados con el dedo de la fortuna. Pero nada, le había metido el bichito de darse a conocer en el ancho mundo y ya no hubo forma de sacárselo. Después de rodar por varias editoriales y hacerme cómplice de un intento de soborno al director

de la imprenta, llegamos a sabernos de memoria la frase: “Si no eres un consagrado, la mejor manera de publicar es ganarte un premio literario”.

Comenzó la búsqueda: noches enteras en el bar café navegando en cuanto portal tuviera la red de redes, tecleando las palabras mágicas: “certamen literario”, copiando páginas y más páginas dedicadas a los que, como Manolo, querían entrar de golpe por la puerta ancha.

Luego vino la selección del concurso ideal: de cuento, con tema libre, no muy largo ni muy corto, que garantizara la publicación inmediata, que no se pusiera con majaderías en cuanto al formato del papel porque aquí se usa el que se consiga; que no exigiera seudónimos ni sistema de plicas porque sin remitente no aceptan el sobre en el correo; que le diera tiempo a la misiva a invertir el viaje del Gran Almirante a casi la misma velocidad que hace medio milenio y, sobre todo, que pagara una suma que se pudiera convertir en algo más que una excursión al supermercado para adquirir la prohibitiva carne de res.

“A la vieja le compro una lavadora automática, de esas que pitan para avisarte que ya terminaron de lavar, para que se despegue de la batea y viva un poco mejor los años que le quedan. Yo me voy a viajar por toda Europa”.

No bastaba que le dijera que no había certamen que diera para tanto, al menos de los que teníamos en la lista; él me aseveraba que eso era sólo el inicio, que como el “Ábrete Sésamo” de Alí Babá, el premio le abriría la senda de las librerías y casas editoriales. “Ya verás que me vienen a buscar de Alfaguara, de Plaza Janés, de Planeta y yo, el mago, a sacarme cuentos y novelas del sombrero, porque tengo que empezar por la narrativa, que es mi fuerte, luego me doy a conocer como ensayista y al final saco mi veta de bardo. Tal vez hasta vengan de Hollywood a proponerme hacer el guión de una película”.

Al fin descubrimos que el concurso ideal había estado todo el tiempo bajo nuestras narices, como las zapatillas rojas de Dorothy Gale. Se trataba de un certamen nacional, auspiciado por una fundación con recursos, que pagaba la suma de tres mil dólares en el Gran Premio, además de otorgar un segundo lugar de quinientos, menciones y diplomas. “¡Eureka!”, me dijo con el aplomo de Arquímedes, señalando con su dedo regordete la pantalla líquida, “La puerta hacia la fama, Mulato... Ahora, a escribir el mejor de mis cuentos”.

Creo que esa fue la peor etapa, por lo menos con lo de la selección nos divertíamos, íbamos al cibercafé y regresábamos con alguna niña para pasar la noche en el pequeño apartamento que alquilábamos en común desde que llegamos de provincia, con una maleta de madera y muchas aspiraciones en la mano, para convertirnos, yo en ayudante de tipógrafo y él en vendedor de libros viejos en una librería particular cerca de la Universidad.

Poco a poco, ayudando a veces a los hampones del barrio a vender alguna cajita de tabaco a un turista extranjero, habíamos ido mejorando el ambiente, comprando algunos efectos electrodomésticos, colgando un afiche; hasta la computadora la habíamos conseguido de trasmano en una firma comercial que estaba renovado sus equipos, con una desvencijada silla de secretaria para cerrar el trato. Hubo tiempos malos y peores, pero “de volver atrás, ni para coger impulso”. Perdonen la frase tan manida, pero recuerden que yo de escritor no tengo ni la sombra; mi amigo tampoco la tenía, pero creo que de tanto desempolvar libracos se le fue colando el bichito de la intelectualidad.

No nos iba mal, teníamos un cuarto que nos turnábamos, amén de un sofá cama en la sala. La viejita de al lado nos cocinaba por una módica suma. Veíamos vídeos, aunque fuera en el televisor en blanco y negro que nos incluyeron en el

alquiler, ligábamos mujeres de todos tipos y colores, escuchábamos música en el tocadiscos que me gané cuando salí vanguardia de mi colectivo laboral... Pero ahora la única melodía que se oía era la teoría del cuento ideal, la historia suprema que no tuviera mucho de contestataria “para que no se diga que me premiaron porque está de moda hablar mal del gobierno”, ni mucho de romántica “yo soy Manolo, no Corín Tellado”, ni mucho de postmodernismo, “a la moda literaria, pero sin metatranca”, ni demasiado de autobiográfica “el escritor está presente en lo que escribe, pero no puede convertirse en lo que escribe”, ni mucho humor “que aburre”, ni muchas lágrimas “que deprimen”, ni muchas influencias literarias “aunque algo se deje caer, para demostrar que uno es culto”, algo de sexo “si no, no te vendas”, y sobre todo “mucho gancho”.

Llegó un momento en que hasta las niñas se nos espantaban. En lo mejor de la noche, Manolo se me colaba en el cuarto a leerme el último párrafo que acababa de escribir; o salía del cuarto, a prender la computadora y ponerse a teclear, en arranque de inspiración arrolladora, suficiente para que mi acostante recogiera airada la ropa que habíamos dejada tirada alrededor del sofá cama y me dejara con las ganas. Se estaba convirtiendo en escritor.

Recuerdo como la entrada al paraíso perdido el momento en que lo acompañé al correo para certificar el sobre y lo vi decirme con sonrisa triunfante: “Ya está la suerte en camino, Mulato”. Alea jacta est, pensé, aliviado porque al fin habíamos llegado a la obra suma, que leía al que se prestara para escuchar y yo me sabía de memoria, confeccionada con la fórmula donde cada ingrediente tenía su proporción exacta. “Oye, eso está genial, seguro eres el Gran Premio”, era la frase con que cerraba la lectura cada oyente de turno, casi siempre uno de los revendedores de tabaco, que venía a recoger su comisión o a dejarnos más cajitas.

No me quejo por mí, pude recuperar mis horarios de juerga; mis películas de acción y mis discos de los Beatles ya no molestaban a las musas impacientes; mis novias no tenían que salir huyendo a altas horas de la madrugada: **el problema era Manolo**. Desde que viramos del correo no quería hablar del concurso “para no traerme mala suerte”. Esto sería normal, todos somos un tanto supersticiosos, mas poco a poco se fue negando a hablar de ningún tema. “Estoy ansioso por los resultados y faltan dos meses, demasiado tiempo”.

Que fuera a ver a la tiradora de cartas de la esquina, me pareció una salida casi lógica a sus tensiones, pero después fue a otra que le recomendaron, y luego a ver a un santero amigo de Víctor el bodeguero, más tarde a una espiritista suegra de Eloísa, la esposa de Víctor. Pablo, el que vive en los bajos, le fabricó un resguardo tras una consulta a puerta y ventanas cerradas. Se hizo miembro de un círculo de interés de yoga y de otro de estudios metafísicos, le dio por meditar en la reducida sala, como un Buda o un gato gordo, sentado en el medio, atravesándose cada vez que pasaba para ir al baño o a la cocina.

El encender incienso y poner flores a sus muertos, pidiéndoles éxito en su misión, era positivo porque mejoraba los olores del edificio, que no es de los más espaciosos de la ciudad y a la hora de almuerzo es una gran caldera donde se ablandan los frijoles del de arriba, se fríe el pescado del de enfrente, hierve la col del de los bajos, se doran los ajos del de al lado, se sazona con vinagre la ensalada de la vegetariana del otro lado y se cocina el sancocho del puerquito que Inalvia, la de la azotea, está engordando para año nuevo... Pero el día que entró con una enorme armazón de pirámide que casi no cabía por la puerta y se metió debajo de ella, “para concentrar la energía positiva”, me pareció que había llegado al colmo.

Me equivocaba. Cansado de gastar en agoreros los pocos pesos que le entraban, fue adquiriendo una Ouija, caracoles, cuarzos, un libro del I Ching con sus correspondientes monedas, un tratado de adivinación de sueños, un programa de computación para leer el horóscopo, otro para el biorritmo, juegos de cartas españolas, francesas y hasta un Tarot. Estudioso de todos los métodos, se convirtió en un experto en artes adivinatorias; con un poco de sentido práctico le hubiera sacado dinero a estas nuevas habilidades, pero no tenía tiempo de pensar en otra cosa que no fuera el premio.

Comencé a asustarme de verlo sentado en posición de loto, arrojando sobre una improvisada estera caracoles, trozos de coco, moneditas con letras que no entendía o barajas de toda índole. “El día de la premiación voy a estar en un momento de baja en el biorritmo emocional y físico, pero comenzando la subida al punto máximo del intelectual, además, la conjunción de estrellas señalada para la fecha es favorable para los Escorpión con ascendente Sagitario, así que si la Ouija no me engaña, me alzo con el máximo galardón”.

Preocupado por su razón, me dio por sacarlo de debajo de la pirámide, esconderle los cuarzos y arrastrarlo fuera de la casa, al menos una vez por semana, recordándole los viejos tiempos en que nos íbamos a jugar dominó en casa de Olivia, la negra que vende pan con lechón asado y cerveza helada a mejores precios que los de las cafeterías. “Si hago pollona¹, me gano el gran premio, si gano, pero sin pollona, es segundo premio”, me decía mientras miraba nostálgico la estera. Así no había quien jugara dominó. Lo miraban como a un loco a donde quiera que íbamos, pero soy su amigo de infancia, no iba a dejarlo en esa hora de angustia, como diría el maestro Neruda.

¹ Pollona: en el juego de dominó equivale a llevarse todos los tantos sin que el contrario logre anotar ninguno.

Cambiamos la reunión del dominó por el parquecito que está a dos cuadras del edificio, me daba pena ver como la mirada se le iba tras la pelota de los niños del barrio, escapada del área de juegos por un batazo demasiado prometedor. “Si dan en el cristal de Elia, es mención, si cae en el charco y salpica a la pedante de su hija, segundo lugar, si le dan a la bruja de su madre, Gran Premio”. Llegó un momento que hasta yo seguía el juego y si una cometa se elevaba a pesar del viento adverso, era seguro que Manolón iba a ser el escritor más reconocido de la próxima década.

Pero nada me preparó para lo que iba a tener que enfrentar en la última semana.

Llegué silbando del trabajo el día del cobro, a invitarlo a comer pizzas y a la caminata por el parque, cuando casi me ahoga una humareda que me sorprendió al abrir la puerta. Conseguí apagar a base de cubos de agua la pira que se alzaba en lo que fue una vieja estera, corrí al cuarto y allí estaba Manolo, sobre la cama, con la cabeza cubierta por la almohada. “Esos concursos están amañados, me lo dijo hoy un profesor universitario que visitó la librería, premian nada más que a los amigos, a los que conviene por algún motivo, para los demás no queda nada, nada, nada...” sollozó mientras me alargaba un papel doblado “Este es mi testamento, trata de publicarlo en cualquier periódico, es lo único que te pido”.

Después de cerciorarme de que no había ingerido ningún tipo de veneno, píldora o sobredosis alcohólica, lo dejé desahogarse y me fui a la sala a limpiar un poco el reguero, calculando cuanto nos costaría comprar la pintura para blanquearle un poco las paredes a la dueña antes de que se apareciera a cobrar el alquiler. Sólo después de terminar la faena me acordé del papelito y me senté a leerlo. Era una

diatriba en contra de los concursos literarios, sus jurados, sus veredictos, sus engañosas convocatorias cuando ya de antemano tenían al triunfador en el bolsillo...

Me di cuenta de que la tensión de los últimos días me estaba alcanzando y, decidiendo poner tierra por medio, me fui a pasar la noche en casa de Paloma, la mujer del marinero, que desde hacía rato me estaba invitando a hacerle una visita mientras el marido andaba de viaje.

Volví al otro día, por solidaridad, sin querer siquiera imaginar qué me iba a encontrar cuando llegara. Me abrió la puerta un Manolo fresco y sonriente, que daba los últimos pases de brocha a la salita. “Me cambiaron el galón de lechada por los dos tomos de La Rama Dorada, el único libro que me resistí a quemar”.

En silencio me fui a comprar una botella de ron para brindar por Frazer y regresé a tomar de vez en cuando la brocha, mientras los chorritos del más sublime líquido para mitigar angustias bajaban por nuestras gargantas. Ni rastros del Manolo depresivo de ayer.

Al final de la jornada, cuando ya el alcohol hacía sus efectos y el almuerzo que nos había traído la vecina empezaba a dar razón de ser a los jugos digestivos, me llegó la explicación. “Por suerte, tenía prestado el I Ching y se escapó también de la quemazón, en cuanto me lo trajeron me consulté y mira lo que me salió”.

Corrió a buscar el libro, tratando de encontrar el último doblez: “**Khien: el Cielo**, feliz grandeza originaria, constante creatividad”, leía inspirado, “lo que el hombre tiene encima de la cabeza, una inmensidad insondable, la esfera de los ritmos universales, la fuente de luz, la bóveda del mundo... Seis líneas yang, sin mutantes, augurando un tiempo único, digno de ser vivido en toda su intensidad... Nada, ¡que el premio es mío!”.

Rebosaba tanta exaltación que no me atreví a dudar. Nadie sabe nada en este universo de orates donde todo el mundo se cree dueño de la verdad. ¿Y si al final resulta que las monedas, los caracoles, las conjunciones astrales, las barajas y los sueños no dibujan nuestro destino, pero nos muestran al menos los signos para poder descifrarlo?

“Por cierto, Mulato” la voz de Manolo me salvó de mis meditaciones, “¿Qué hiciste con la carta que te di para la prensa? ¿No te habrá dado por publicarla, verdad?”. Tranquilo, me saqué el testamento del bolsillo y me empiné el último buchito a pico de botella.

Faltaban sólo dos días para la ceremonia de premiaciones, fin de las angustias de mi amigo y comienzo de mi anhelado regreso a la normalidad, cuando nos enteramos de que, por motivo de celebrarse alguna jornada cultural, se trasladaba la comitiva para un teatro de provincias, casi al lado del ingenio que nos había visto nacer. Los organizadores reiteraban que la entrada era abierta al público y exhortaban a los concursantes a asistir, aunque aclaraban que no garantizaban transporte ni hospedaje, excepto para el jurado y personalidades invitadas.

“Tenemos que ir, Mulato, no puedo faltar, imagínate que digan mi nombre y yo de pronto no esté, pueden pensar que es un acto de desprecio, además, lo de la carta puede haberse filtrado, tú sabes como son esos medios”. No valía recordarle que la carta había salido escasamente unos segundos de mi bolsillo para retornar a sus manos, que apenas contábamos con recursos para el pasaje en tren y él padecía de horribles dolores en la columna desde que comenzaron las meditaciones, que los hoteles eran un bien que no nos estaba destinado y los particulares cobraban un ojo de la cara, que comer en restaurantes iba a salir más caro todavía, que habíamos jurado no volver atrás ni para coger impulso...

Manolo parecía enfebrecido, nada era un obstáculo para él: “Vendemos el vídeo, el equipo de música no, porque sin tus discos no puedes vivir. Con el dinero que nos den, compramos pasajes en avión, algo de ropa para no llegar como unos descamisados, buscamos quien alquile un cuarto por una noche y comemos cosas que llevemos de la casa, Zoila nos prepara unas cajitas para el camino y con alguna lata de salchichas, refresco instantáneo y pan, pasamos hasta la ceremonia. Luego...” con los ojos húmedos de la emoción, me puso una mano en el hombro “Luego, mi amigo, te vas a sentir orgulloso de estar allí, de ser el primero en felicitarme, ya verás la vida que nos damos, porque no creas que te voy a dejar atrás cuando sea rico y famoso, yo sé que los que se me acerquen a partir de entonces lo van a hacer por interés, pero tú eres mi socio, el que jugaba conmigo en el patio del ingenio, el de los viejos tiempos, de las buenas y las malas”.

Logré convencerlo de que acertara el discurso, usando como pretexto que tenía que ir pensando en el que iba a soltar cuando leyeran su nombre en el teatro y salimos, con el vídeo bajo el brazo, a tratar de venderlo aunque fuera a la mitad de su precio. La gente conoce al que está en aprietos y aunque juramos que el equipo no era robado, que estaba casi nuevo, nos pagaron una miseria, pero que alcanzaba para el viaje, si nos olvidábamos de la ropa nueva y nos ateníamos a una sola comida caliente y un alquiler barato.

Al día siguiente nos embarcábamos en un avión tan escacharrado que parecía una cafetera con alas, pero mi amigo brillaba de felicidad. Yo no estaba tan eufórico porque recordaba las noches en que había matado el aburrimiento viendo películas en el vídeo, pero pensaba que la suerte es loca; si era verdad lo que decía el oráculo chino, nos compraríamos un DVD y, sobre todo, Manolo recuperaría la cordura.

La llegada al pueblo con la espalda de Manolo hecha talco, la búsqueda de un cuartico para dejar los bártulos, la cajita con pollo frito, arroz con frijoles y papitas doradas, aporte de la vecina que esta vez no nos quiso cobrar, pidiendo tan solo “un ejemplar ortografiado del libro cuando te lo publiquen”, todo me parece ahora un sueño, meros peldaños que nos llevaron al asiento del teatro de provincia, tan destartado como lo recordaba, donde, tras solucionar los problemas en el audio y aguardar la llegada del ilustre invitado, que no quiso pernoctar en el motelito del pueblo, empezó con dos horas de retraso la tan esperada ceremonia.

Vi que a mi lado, Manolo mascullaba algo, afiné el oído y me pareció escuchar que decía: “Eleguá, dueño de las cuatro esquinas, Orula, padre del conocimiento, Santa Rita, patrona de los imposibles, Buda, Krishna, Virgencita de la Caridad, Ganesha, papá Manuel, abuelo Ignacio, Confucio, San Judas Tadeo, Yogananda, Lao Tsé, ángel de mi guarda, guías espirituales, Carpentier, Lewis Carroll, Cervantes, Neruda, Tolkien, Gunter Grass...” me dio pena interrumpirlo para aclararle que este último estaba vivo aún; la letanía se perdía en un nombrar infinito, sumatoria de los credos que habían ido concurriendo a la mente de mi amigo para llevarlo a este asiento de madera, perdido entre un montón de rostros extraños. ¿Qué sería de él si yo no lo hubiera acompañado? ¿Lo habrían dejado entrar siquiera, con esa mirada perdida que había adquirido desde que Sandra pronunciara la frase transformadora?

Lo tuve que sacudir para decirle que habían comenzado a leer las menciones, que él escuchó con estudiada calma. Cuando anunciaron el segundo premio, en esa manía ascendente que se ha desatado en todos los eventos – y uno loco es por saber quién se llevó el grande -, empezó a ponerse intranquilo, casi no cabía en su silla, generando algunas protestas, acalladas afortunadamente por los aplausos.

En medio del silencio generado por el rasgarse del sobre anunciador del Supremo Elegido, a punto de levantarse, me agarró el brazo con fuerza y me dijo: **“Mulato, llegó el momento”**.

Ahora, en el velorio de Manolo, a punto de levantarme para ayudar a llevar su féretro a la ciudad sin retorno, pienso que el I Ching tenía razón: en aquel fragmento de segundo, antes del infarto masivo que no le permitió escuchar el nombre de un desconocido, mi mejor amigo vivió el Momento de su vida. Un tiempo sin límites, de expansión espiritual, que debe ser vivido en toda su intensidad.

Luego, como bien dijeron las monedas de cobre llenas de ideogramas: el Cielo.

SUCESOS DE CALLEJÓN

A partir de las nueve de la mañana, podía vérselo sentado en una esquina de la Plaza de la Catedral, con Mariguana portando chaleco, sombrero y corbata de lacito, en la pose tan aprendida que ya pensábamos que dormiría así de ordenárselo su dueño. Llegaba con su andar de beodo, la cabeza medio metro por delante del cuerpo, candidato a ser atropellado por lo que le pasara por delante, protegido por las fuerzas del destino, que lo tenía vivo desde hacía más de cuarenta años a base de alcohol y una comida diaria que a veces cambiaba por un trago. Jamás faltaba a su cita, con la puntualidad de un trabajador estatal.

Su sencillo negocio era, al mismo tiempo, una prueba del ingenio criollo para sobrevivir a toda costa con el esfuerzo mínimo. Había comenzado de pura casualidad, cuando un turista lo vio, tan trompa como siempre, con el viejo sombrero calado hasta las cejas, sentado en la acerita del Callejón del Chorro, en la puerta del solar donde tenía su cuarto y le observó darle una calada del cigarro al perro.

- Pero... ¡si el perro fuma! - exclamó sorprendido, con aire de descubridor.

- Como que le dicen Mariguana, porque se pega a cualquier cosa - respondió Matica sin emoción, mirando a trasluz la botella y comprobando una vez más que estaba vacía.

- ¿Me permite tirarle una foto? - preguntó mientras extendía su tarjeta - Señor...

- José Miguel Matas Saldívar, para servirle.

Respondió Matica con resignación, guardándose la tarjeta en el bolsillo, al tiempo que se encogía de hombros y le colocaba su sombrero al perro, para que no

lo asustara el sofisticado artefacto que extraía con cuidado el otro, de un bolso que ya los raterillos de la zona se iban sumando para hurtar al primer descuido.

El expedicionario encendió un cigarrillo y lo colocó en la boca del perro, se apoyó en una rodilla y disparó el obturador mientras Mariguana daba una inspirada chupada al pitillo que le miraba Matica con envidia, esperando a que se fuera el intruso para poder compartirlo, como venían haciendo con casi todo desde que se conocieron en una mona dormida en la Avenida del Puerto, enroscados bajo un banco que los resguardaba a tramos horizontales del sol de la tarde.

- ¡Magnífico! - concluyó el turista mientras llevaba la cámara de regreso al bolso, que nunca dejó de mantener aferrado bajo el brazo, para decepción de los ladronzuelos.

La vida de un hombre puede estar dibujada hasta la monotonía en cada uno sus detalles y, de pronto, un suceso inesperado le obliga a dar un vuelco. Eso fue lo que sucedió cuando, antes de partir, el visitante dejó un billete de cinco dólares en la mano de Matica, vago habitual que vivía de lo que le ofrecían, cuyo lema para no trabajar era: "**Si te aprieta el cinturón, te comes el cinturón**", dejándolo tan pasmado que no atinó ni a dar la bendición, como hacía con la hija cuando le traía el almuerzo.

De momento fue a celebrar con una botella de Chispa de Tren, ese ron clandestino, destilado en apestosos alambiques, hecho para matar las penas, el hígado y la conciencia a una velocidad pasmosa. Dado su poco exigente gusto en materia etílica y a que, de vez en vez, los vecinos le daban un vasito de lo que estuvieran bebiendo, tuvo para casi una semana... Pero cuando se vio de nuevo sin el preciado líquido, una genial idea iluminó la parte lúcida de su mente.

Al día siguiente se instaló en lo que sería su puesto fijo, con un sombrero para él y otro para Mariguana, caja de cigarros en mano y un cartel que decía:

"Retrate al perro fumador por sólo un dólar"

El éxito fue inmediato, nadie diría que un perro tan desaliñado diera para tanto. Poco a poco fue mejorando el tocado, agregando el chalequito, el lazo, entrenando al sato para que se mantuviera erguido... Sacaba para la bebida y de paso conocía a gente de todas partes; aves de paso que le regalaban cigarros, llaveros, bolígrafos que él entregaba al caer la tarde, cuando la falta de iluminación le indicaba la llegada del final de su jornada, a las putitas que comenzaban a pulular en la Avenida del Puerto, a cambio de que le dejaran ver sus senos desnudos, mientras Mariguana derramaba baba, jadeando con una cuarta de lengua afuera, no se sabe si por sed o por extraña lascivia.

Era tan poco molesto que los trabajadores del Museo de Arte Colonial lo fueron integrando a su vetusta arquitectura. Cierta vez, un policía recién asignado a la zona se lo fue a llevar "por bisnero" (sinónimo de *jinetero*: que tiene tratos ilícitos con ciudadanos extranjeros), pero le vino arriba la avalancha de revendedores de tabaco, de artistas del Taller de Gráfica situado al fondo del Callejón, de camareros del restaurante El Patio, de muchachas vestidas con batones de diosas africanas, poseedoras de permiso legal para dejarse retratar por los turistas, de peinadoras de trencitas, de integrantes del grupo musical "Los Mambisitos" – que pasan ya de los setenta años - y si no se va rápido, le sale hasta el obispo, que ese día oficiaba misa en la Catedral... A partir de ese momento, nadie perturbó su paz, hasta las cámaras de vigilancia colocadas en el Casco Histórico esquivaban la mirada y lo dejaban intocado, compartiendo cigarros, ganancias, almuerzo, visiones impúdicas y tragos con su fiel compañero.

La identidad del iniciador de tan magna empresa fue develada una mañana de domingo, cuando la hija vino a hacerle la limpieza mensual, consistente en sacar las botellas vacías y llevarlas a vender en la bodega. Entre el grupo de periódicos viejos guardados por el padre para colocar encima de las aguas menores del chucho, encontró un sobre certificado de buen tamaño, aún cerrado, con sellos de Inglaterra. Matica no supo explicar como había llegado a sus manos, probablemente lo habían metido por debajo de la puerta, o se lo entregaron en uno de esos momentos en que no reconocía ni su imagen en un espejo.

Contenía una revista de lujoso empaque. Al lado de un reportaje sobre el Dalai Lama, de imágenes de monjes haciendo un mandala, entre otras maravillas de la villa de San Cristóbal de La Habana, estaba la foto de Mariguana, con el primer sombrero, echando humo por los costados del hocico, con un Malboro entre los oscuros labios. Al fondo, con cara de sorna, sonreía Matica.

Ese día hubo fiesta en el Callejón del Chorro, Matica y su perro tomaron hasta perderse el final de la celebración, trajeron a un trovador que hablaba mal del gobierno en descaradas alegorías, uno de los pintores del Taller se ofreció a hacer una litografía de los dos personajes, **"parte ya del entorno ciudadano"**, un poeta, más conocido como vendedor de pizzas a domicilio ante la imposibilidad de publicar, le improvisó una oda llena de emociones encontradas... Para cerrar, sacaron los cajones y formaron una rumba que duró hasta que las estrellas comenzaron a palidecer, anunciando un nuevo día de alegrías y miserias humanas.

Los revendedores se fueron retirando a descansar unas horas antes de recomenzar su dura jornada, le siguieron los artistas plásticos, el trovador y el poeta, a quien tuvo que llevárselo uno de los pintores que vivía en un cuartico encima de El Patio, pues de puro bebido no recordaba su dirección. Se fueron también las diosas

africanas, con los vestidos ajados de tanto baile con las piernas afuera, única manera de gozar el ritmo arrancado a la fuerza de cajas y latas vacías. Finalmente, la hija del homenajeado se encargó de arrastrarlo hasta el camastro, ayudada por el policía, con quien comenzaba a entenderse desde que el marido la dejó por una de las putas del puerto... La entrada del solar se cerró de un sonoro portazo.

A las nueve de la mañana Matica no estaba en su puesto oficial. Todos comprendieron que la excitación lo había obligado a tomar la sabia decisión de dormir un rato más, pero ya a la altura del mediodía empezaron a sentir su ausencia. Cuando la hija pudo hacer su escapada diaria con la cajita de cartón en la mano y no lo vio sentado en la entrada del Museo, preguntó por él con alarma. No fue necesaria la respuesta, todos corrieron a tumbar a golpes el cuarto, aún cerrado, de Matica... Sus setenta y seis años mal cuidados, no habían podido soportar tanta emoción.

El cuarto estaba vacío. Ni el hombre, ni el perro, ni la revista.

Se organizó al momento una partida. Se repartieron las calles, callejones, avenidas y plazas de la vieja ciudad para encontrar al monumento nacional extraviado en el amanecer de su gloria.

La búsqueda fue infructuosa, a pesar de que el policía sumó a sus colegas de la zona. No se pudo hacer un reporte oficial, pues apenas habían transcurrido diez horas desde la última vez que lo vieron. Habían de esperar al menos cuarenta y ocho para que las preocupaciones de la hija fueran escuchadas. Todos callaban una turbia sospecha: al escuchar de su edad y hábitos, se le daría simplemente por ahogado en las aceitosas aguas de la bahía. Era lo que se estaba temiendo desde hacía cuarenta años, cuando la mujer lo dejó, llevándose la niña, los muebles y el

dinero ahorrado trabajando como tornero para mudar la familia a un barrio más decente.

- Yo sé lo que se traen en mente, por eso mejor no denuncié nada, total, si nadie lo va a extrañar - rompió en sollozos la única persona que lo amó.

La confortaron como pudieron, le rogaron esperar... Pero no dos, sino tres días transcurrieron sin noticias de su paradero. Al anochecer del tercero, Leonor, la dueña del restaurante clandestino donde trabajaba la hija del desaparecido, iniciada en los misterios de la Santería, propuso reunirse en el patio del solar y hacer una rueda espiritual. Tal vez con fe, manos unidas, una ofrenda de aguardiente, miel y tabaco, tendrían suerte de localizar a su espíritu, de seguro instalado en los prados del infinito.

- Las búsquedas del otro lado funcionan mejor que las del lado de acá - sentenció mientras atraía a la doliente al ruedo para que sostuviera una póstuma entrevista con el padre.

Terminados los rezos propiciatorios, despojados con ramillos de hierba buena y albahaca los presentes, entre los que se incluyeron varios pintores y el poeta, que no se perdía la ocasión de degustar el aguardiente ni por el miedo que tenía a los encuentros con la otra orilla; se encendieron tres velas: una para el Ánima Sola que vaga por los caminos de ambos mundos; una para el ángel de la guarda del difunto y otra para Eleguá, dios del destino. Se colocó el aguardiente entre los siete vasos con agua, representativos de las Siete Potencias; se ofrendó miel a Oshún, diosa de la sensualidad, encarnada ahora en la más bella de las mulatas de la Habana Vieja, aquella que vendía flores en la Plaza portando abanico de encajes; ardió un tabaco de la mejor calidad, aporte de los revendedores, esparciendo su aroma por el Callejón.

De manos apretadas, los presentes comenzaron a invocar a José Miguel Matas Saldívar; reclamo que empezó en tono murmurador y fue elevándose hasta convertirse en un claro llamado, capaz de estremecer hasta los cimientos las paredes semiderruidas del viejo caserón colonial.

- Ya, está bueno, ni que fuera sordo.

Un coro de alaridos acompañó la entrada de Matica, seguido por Mariguana, que fue directo para el Cohiba de lujo, tomándolo con el hocico por el lado correcto y dando una intensa aspirada, mientras su dueño estiraba la mano para agarrar el vaso de aguardiente, inconfundible entre los de agua por su típico aroma empalagoso y picante.

- Señores, déjense de tanto grito - acalló a los presentes el policía, participante de la escena desde un rincón, pues aún no era bien visto en el solar -. Yo de espiritismo no sé nada, pero ningún muerto se le cuela así al alcohol.

Para terminar de convencerlos, Matica dejó al perro lamer el fondo del recipiente, mientras con una bocanada de deleite, compartía el habano.

- Ah, de regreso... - expresó con un suspiro de satisfacción, extrañamente sobrio -. Los hombrecitos serían muy hospitalarios, pero de fuma y bebestibles no ofertaban nada.

Horas después, tras haber recibido el apretón de manos de los presentes, de casi fallecer ahogado entre los rollizos brazos de la hija, de beberse su cuarto trago y de alimentar a Mariguana, que insistía en colocarse en su postura vertical para que le dieran un cigarrillo, Matica se sintió con ánimos de contar su historia:

- Estaba yo durmiendo la mona, cuando una luz me dio en plena cara, despertándome de un salto. Tenía delante de mí a dos hombrecitos azules, con cabezotas en forma de huevo y ojos saltones. Uno de ellos portaba una linterna. El

otro tenía en la mano mi revista y me señalaba. Mariguana salió de debajo de la cama y comenzó a gruñirles, pero eso pareció convencerles de que éramos los que buscaban, porque el de la linterna apretó un control remoto y nos vino a recoger un tubo, por el cual ascendimos al interior de la nave.

Paró para solicitar con una seña que le llenaran de nuevo el vaso, parecía más seco que los mares de la luna. Normalmente se hubieran reído, lo hubieran tildado mentiroso, pero ni los tres días de misteriosa ausencia alcanzaban para explicar el único hecho que los tenía atados a los bancos, al suelo, a los escalones, a las sillas sacadas del restaurante para formar el ruedo espiritual: Por primera vez desde que la soledad se cernió sobre su destino, Matica no estaba ebrio...

- Me tuvieron tres días haciéndome entrevistas; hablaban bastante bien el español, mejor que muchos de los turistas con quienes me topo en el trabajo. Fueron muy amables, hasta nos bañaron a mí y a Mariguana - un murmullo de aprobación se regó en el patio -. Me contaron que estaban haciendo una especie de zoológico con habitantes famosos de los planetas explorados. Habían visto la foto de nosotros en la revista y nos habían seleccionado. Se supone que fuera un honor pero, de verdad, me tenían loco con lo de la vida sana. Nada de aguardiente, ni ron, ni chispa de tren, ni siquiera un vinito dulce para después de las comidas, de cigarros ni hablar, al pobre perro me lo tenían con temblores por la falta de nicotina.

- ¿Y qué haces aquí, Matica? ¿Por qué no te fuiste con ellos? - preguntó el jefe de los vendedores, ofreciendo un segundo tabaco.

- Imagínense, la idea de vivir lo que me queda con verduras y agua no me gustaba nada, por eso cuando me dijeron que mi cuerpo estaba muy intoxicado por el alcohol y el tabaco, que el perro andaba por el estilo y por tanto temían que no duráramos mucho, les exageré la cosa: les puse mi hígado al borde de la explosión,

los pulmones de Mariguana hechos un desastre biológico. Los convencí que no era el ejemplar ideal para su zoológico. La inversión no valía la pena, para decirlo de otro modo.

- ¿Y se fueron así como así, no más? - interrogó la hija.

- No, se fijaron en la página de al lado y se fueron a buscar a uno de los lamas, pero antes me dejaron en la Avenida del Puerto, lo más cerca que podían llegar a esa hora. No tienen idea de cómo se pone el tráfico estelar. Les dejé la revista de regalo, era lo menos que podía hacer.

Al otro día estaba Matica en el lugar de siempre, tan borracho como siempre, a la hora de siempre, con su perro engalanado con lacito nuevo, obsequio de uno de los payasos que andan en zancos detrás de los turistas por La Habana Vieja, a punto ahora de retirarse porque había conquistado el amor de una voluminosa danesa de carnes albinas, con quien partía a descubrir la nieve. A su lado, con retoques de pintura fresca, su cartel anunciador de la octava maravilla del mundo moderno.

Había retornado la calma al solar después de la rumba de bienvenida, de las masitas de puerco con mucho colesterol que frió Leonor, de la caja de cerveza aportada por los revendedores, de la botella de ron añejo que destapó el policía, del vino donado por los camareros de El Patio, del aguardiente que trajeron las diosas africanas, de las botellas de chispa de tren que sacó el destilador, pidiendo que le devolvieran el envase una vez apurado su contenido - el cual, si nos atenemos a lo escuchado, salvó a Matica de aparecer como especie de exhibición en un zoológico de otra galaxia - y de la pizza gigante traída por el poeta, a quien ya le estaban instalando un catre desarmable en el cuartico del pintor para que no tuviera que pernoctar en el suelo cuando había fiesta.

Pero si bien se celebró con alegría su regreso, nadie había vuelto a mencionar los tres días de su ausencia...

No se comentaba su extraña historia en ese microuniverso que constituye un solar viejohabanero dentro del macromundo cubano, donde todo suceso tiene repercusiones por pequeño que sea. Y es que tal vez, por imposible que pueda parecer, comenzaban a creerle.

Solo una nave espacial, más allá de la atmósfera terrestre, pilotada por hombrecitos azules amantes de la vida sana, podía mantener a Matica tres días lejos de la bebida.

NO SE PUEDE ANDAR CREYENDO....

Observó la mancha en la pared. Dibujadas en el fondo blanco, en un tono más oscuro, estaban las siluetas de los bebitos culones y alados, sostenedores de la entramada maraña serpentina que llevaba a la cabeza de sátiro, cuyos cuernos daban un aspecto más grotesco, casi taurino, a la huella que dos años de ausencia no habían conseguido borrar.

- Fue culpa de la vieja bruja - se dijo.

Nunca le había caído bien, la tarde en que llegó a instalarse en la casa de enfrente observó los extraños objetos que con cuidado quitaba de las manos de los encargados de la mudanza, "Esto no, que me lo pueden romper. Cuidado, no lo toquen, que pierde la energía, esto lo cargo yo". El astrolabio, la bola de cristal, la lechuga disecada, la calavera... Observó al detalle desde la ventana del cuarto, donde tenía instalado el telescopio para ver los senos de la vecina que acababa de abandonarlo, dejándolo con la deprimente visión de los globos desinflados de la arpía, siempre con sus batones de estrellitas y sus turbantes.

Cuando vinieron a decirle que aquel esperpento era cartomántica, leía las manos, hacía reportes astrológicos y veía el futuro en su esfera, no pudo más que encogerse de hombros... ya lo sabía. A falta de otra visión más erótica, se entretenía viendo qué vecina iba con el pretexto de saludar para quedarse tras la ventana de lo que fuera la casa de Cary - la mulatona que de noche se lo quitaba **todo** para dormir -, entregando sus secretos, las líneas de su izquierda y los pañuelos sudados de sus maridos para adivinaciones y amarres.

Una sola vez le pareció que la vieja sabía que era observada. Estaba tirándole las cartas a Noelia, la que el marido dejó por una jovencita y trató de darse candela,

consiguiendo sólo chamuscarse los pelos, que nunca más volvieron a ser los mismos, además de dar un escándalo que alborotó a toda la cuadra cuando salió con la cabeza ardiendo como un fósforo, dando gritos de auxilio. Cary estaba baldeando ese día el portal y le vació el cubo de agua con lejía en la cabeza, salvándole la vida con su rápida intervención, a pesar de que la malagradecida decía que lo había hecho en venganza porque su hombre no quiso acostársela - según ella todas las mujeres del barrio le envidiaban el marido y ahora se burlaban a sus espaldas -. Si supiera que Cary se lo había bailado varias veces... ¡Lo que se puede ver desde una ventana alta si se cuenta con un buen telescopio!

Volviendo a la fecha de marras, la bruja andaba esparciendo barajas sobre la mesita de las consultas y él había murmurado: "Con esa cabeza de rata pelada que le quedó a Noelia después del incendio, no va a haber hombre que la mire, para eso no hace falta tanto blablabla, si quiere se lo digo de gratis".

En ese momento la arpia había levantado la vista y girado los ojos aguilinos, bien separados de la nariz curva que por ley le correspondía, directo hacia su punto de mira. Casi pudo jurar que las miradas se encontraron. Asustado, apartó la vista del telescopio... Imposible, sin él no se veían más que sombras borrosas, con una calle por medio, amén de que su observatorio estaba bien disimulado tras las persianas y cortinas. No obstante, desde ese momento limitó sus horarios de espionaje a las horas nocturnas, al menos para darse gusto viendo a los aspirantes a materialistas dialécticos disfrazarse tras las sombras de la noche para acudir en busca de augurios y remedios.

Pensándolo bien, todo empezó por Candia, su compañero del ajedrez. Cuando le dijo que estaba atravesando una racha de mala suerte, que un rayo le había quemado el televisor, que casi se electrocuta en el baño cuando sin querer se le

cayó al piso mojado la máquina de rasurarse, que un cambio de voltaje le había llevado el relevador del refrigerador y la explosión de la ducha con calentador eléctrico le había afectado el vídeo.

- Es como si se hubieran puesto de acuerdo para joderme, compadre, para colmo hoy me cayó una torta de techo en el cuarto, a solo dos centímetros de la cabecera de la cama - le había comentado.

- Tienes que verte con Inés, estás siendo víctima de un ataque psíquico o de la mala suerte - había sentenciado su interlocutor al tiempo que le marcaba un indiscutible jaque mate, ganándole los dos dólares que tenía reservados para una pizza y una cervecita -. Y con urgencia, estas rachas negativas no terminan hasta que te dejan tendido en la funeraria.

- No jodas tú, viejo, nada más que me faltaba tener que hacerle la visita yo, el científico de la cuadra, a esa momia con turbante. ¡Qué se va a decir de mi reputación! Además, bien sabes que no creo en adivinas de cuatro pesos la hora - había respondido, tajante.

Pero el otro dale que dale, martillando con lo de la energía negativa, la mala racha, asustándolo con la pelona - no con Noelia, sino con **la de verdad** -, insistiéndole en la urgencia de ver a la bruja, con el odio que se tenían aún sin haber cruzado palabra. No más ver la cara con que se miraban cuando coincidían en la panadería, a donde ella, tan desfachatada como de costumbre, iba con sus batones estrellados y el cuello lleno de amuletos.

Al fin le dijo que lo pensaría, para quitárselo de arriba, ya bastante tenía con saber que le esperaba el sancocho de siempre en vez de su anhelada pizza. Para colmo, esa tarde la olla de presión le explotó con los chícharos desparramándose por doquier, haciendo que fuera noticia en el barrio su ráfaga de mala suerte.

- No tienes que ir a su casa - le dijo Candia a la mañana siguiente mientras le ayudaba a raspar los chicharos del techo -, ella puede venir como de visita, yo la traigo, me debe unos favores de cuando se mudó y le reparé la plomería sin cobrarle.

Candia, tan servicial y amable que daba asco... No supo negársele y se vio de pronto abriéndole la puerta, a las cinco de la tarde de un lunes que todavía recordaba, para recibir al espantajo que, para molestarlo, se había puesto una capa con soles dorados, que brillaban como anuncio lumínico, en combinación con el más elevado de sus turbantes.

- Presiento energía negativa - sentenció no más llegar, dejándole estirada al vacío la mano que había extendido por compromiso.

Candia, tras ella, asentía en silencio con cara de "te lo dije". Cuando vino a darse cuenta ya la veterana estaba husmeando por la sala, rumbo al piso de los cuartos. Si no actúa a tiempo, le descubre el telescopio y lo convierte en el hazmerreír de los vecinos, para no hablar de la posibilidad de ser acuchillado por alguno de los amantes de Cary.

- Los accidentes han ocurrido en la planta baja - dijo interponiéndose entre ella y la escalera.

- Si usted lo dice. No mencionemos el asunto del techo que se desprendió - respondió sonriéndole con su mejor cara de muerto viviente.

Las arrugas formaban increíbles dibujos en su cara, sobre todo las líneas que rodeaban los ojos y partían como rayos en todas direcciones. Sacó un incensario, no sabía aún de dónde y lo encendió sin su permiso con el mechero que le alcanzó solícito Candia.

"Lo tiene subyugado, así piensa la muy bruja que me va a tener a mí, que soy retirado del observatorio nacional de meteorología y sé que allá arriba no hay más que bolas de gas y polvo cósmico", masculló mientras su amada sala se llenaba de humo apestoso. "Mejor salgo de esto y aguanto hasta el final, si no, me va a costar la amistad con Candia, el único de la cuadra con quien hablo... y con quién juego ajedrez si eso llega a pasar."

El sahumero duró unos quince minutos. Su malhumor era más palpable que las columnas de humo que se colaban entre sus muebles de estilo, sus lámparas Tiffany y su busto de Napoleón. Finalmente, la ensalmadora dio la obra por concluida.

- Ya está sanada la energía - afirmó mientras se arreglaba el tocado en el espejo de bronce que presidía la pared de la sala, símbolo de su estirpe, aquel que se había negado a vender incluso en los tiempos más duros y ante los más insistentes compradores.

- Usted no se muere de esta - continuó la intrusa - va a durar tanto como este espejo.

Y sonriendo se dirigió a la puerta, dejándole el café servido.

- Espere, Doña Inés.

Ella se giró hacia él con la misma expresión de **aquel día**.

- ¿Usted está insinuando que soy un viejo? - la retó.

- En modo alguno, Don Juanito, quise decir que vivirá tanto como ese espejo.

Dándole la espalda de nuevo, se marchó sin voltearse, meneando sus huesudas caderas.

"Mal rayo te parta el pescuezo, lechuza", pensó mientras daba un portazo y miraba a Candia tomarse la taza de café que había destinado a la vieja, sin percatarse siquiera de la ausencia del azúcar.

- Oye, compa, si yo fuera tú ponía el espejo a buen recaudo, no vaya a ser que se te rompa por accidente... - fue la respuesta a su mirada.

- Eso sí no te lo voy a aguantar, ¿me estás insinuando que te lo has tragado todo? Pero si ni siquiera sacó las barajas gastadas que usa para engatusar a la gente... Candia, ¿de dónde sacas que lo que hizo no fue burlarse en nuestras narices y fisgonear la casa para contarle al vecindario hasta de qué color son las cucarachas que tengo en la cocina?

- No sé, compa, pero imagínate que un muchacho jugando pelota te cuele la bola por la ventana y te rompa el espejo, con lo que tú quieres tus antigüedades, en especial ese espejito de bronce de tu bisabuela la condesa, no digo yo si te mata la impresión... oye, ***esa mujer no se equivoca***.

Aquella frase había sido el fin de su amistad con Candia. Se había quedado sin ajedrez y sin las chácharas del anciano, que mal que bien le traía las nuevas del barrio, sobre todo de los rincones que no alcanzaba con el telescopio. Se había encerrado más que nunca en su caserón. Como si esto fuera poco, no se podía quitar de arriba la condenada predicción que enlazaba al espejo con el fin de sus días.

La fama del esperpento estaba en alza desde que el marido de Noelia había vuelto, a pesar del pelo quemado; su consultorio se atestaba al punto que había tenido que colgar un cartel en la puerta. ***"Fuera de hora solo por urgencias"***, había tenido el descaro de garabatear con tinta roja debajo del rótulo: **"De lunes a viernes, de 10 AM a 9 PM"**.

Ya lo del espejo se le estaba volviendo obsesivo, casi no subía al observatorio por estar vigilando a los muchachos, sus pedradas o pelotazos; a la sobrina cuando lo venía a visitar la sentaba bien lejos; al médico que vino a verlo por lo de la gripe, lo atendió en la puerta porque se le ocurrió decirle "Qué espejo más lindo, ¿puedo acercarme a ver los angelitos?"... Si seguía así, le iba a costar la vida.

Decidido a terminar el tormento, había descolgado el espejo. Con sumo cuidado lo subió al cuarto, lo envolvió en papel periódico, luego en una frazada, para después atarlo con una soga y colocarlo encima de su escaparate. Desde entonces había sentido un increíble alivio, se creía eterno, invencible, como si de veras se le hubiera colado el miedo que la arpía trató de insuflarle. Era Aquiles con un protector de acero inoxidable en el talón.

Pero, dos años después, la mancha con silueta de nalguitas en los bajos y cuernos en la parte superior le hacía sentirse un perfecto idiota. ¿Y si la vieja había sentido envidia ante la perfección de su sala, que mantenía la decoración intacta desde el tiempo en que se asentaron en la Isla sus ilustres antepasados? Sabe Dios qué le habrían dicho de él, el aristócrata del barrio, que no se codeaba con la chusma, para que le dijera algo que lo llevara hasta el extremo de esconder su mayor orgullo como si de su vergüenza se tratara.

"Mira que soy idiota, eso me pasa por hacerle caso a adivinas de cuatro pesos", se dijo mientras aceleraba el paso escaleras arriba.

Fue más sencillo de lo que creyó: buscar una silla, bajar el atado para colocarlo en el colchón, zafar la soga, quitar la frazada, matar tres o cuatro cucarachas que salieron corriendo de los periódicos, ver como se le escapaban la quinta y la sexta rumbo al baño, eliminar una a una las hojas amarillas y ver ante sí

su imagen reflejada, impecablemente nítida, en la luna tanto tiempo oculta. Los angelitos, sin rencores, siguieron sonriéndole desde las zonas bajas.

- Vamos a colocarte de vuelta al lugar de donde nunca debiste haber salido - dijo sacándole brillo con la manga a la frente del sátiro y encaminándose a las escaleras, que comenzó a descender con las mayores precauciones.

Fueron fracciones de segundos que no tuvo tiempo de abarcar en su memoria. Resbalar tontamente desde la suela gastada de sus pantuflas, tratar de asirse con una mano a cualquier cosa mientras con la otra se aferraba al cuerno del fauno, sentir como el espejo rodaba los últimos escalones, seguido por su cuerpo. Escuchar el estallido múltiple...

"No se puede andar creyendo en patrañas", pensó la cabeza, en un último instante de conciencia, mientras era separada limpiamente del cuello por un trozo de cristal afilado.

MIENTRAS LLEGAN LOS CIGARROS

- Queda un solo cigarro y es para acompañar mi traguito – anunció Adria, volteando al revés la cajetilla.

- ¿Con qué derecho? - protestó Aldo - No nos vas a salir con "la casa es mía y mañana soy quien tengo que limpiarla", porque sabemos que tu mamá es la que lo hace todo.

- Pues porque lo cogí primero.

- Oigan, parecen niños - habló Rolando, circunspecto -, es más, para acabar el problema, hagan una colecta y voy a la cafetería del zoológico, la única abierta a esta hora.

- Cuidado no te coman los cocodrilos, mi amor - selló el pacto Lolu entregándole una moneda y dándole un pellizquito en el muslo.

Una a una fueron cayendo monedas de veinticinco centavos de dólar en la mano de Rolando, más conocido en el grupo como "el abuelo", porque ya se acercaba a los treinta. Veinticinco centavos aportó Adria, dueña de la casa y organizadora de la fiesta; veinticinco su marido, Miguel, vendedor de comida china a domicilio, sostén de la familia con su espíritu práctico y su facilidad para encontrar clientela entre los extranjeros que alquilaban cuartos en las casonas del barrio, otrora uno de los más lujosos de La Habana; veinticinco Susana, que no se salvó del pago ni porque era su cumpleaños, veinticinco su novio Aldo, estudiante como ella de veterinaria; veinticinco salieron del bolsillo de Rolando para terminar en su mano.

- Totalizamos un dólar con cincuenta centavos, estamos amplios - sentenció - me alcanza para una de fuertes y una de mentolados.

- ¿No le pediste dinero a mami? - preguntó Adria.

- No jodas - se rió Susana -, tu madre ni fuma, ni bebe, ni protesta por tu reguero, nada más le falta el traje de monja.

Rieron mientras Viviana hacía irrupción con una bandeja cargada de tazas de café. La pobre señora, ignorante del motivo de las carcajadas, esbozó una sonrisa de compromiso que sólo sirvió para arreciar las risas.

- Qué bien la están pasando, ¿verdad? Yo se lo decía a mi hija, una fiesta sorpresa nunca pasa de moda.

- Viviana - la salvó Rolando -, mejor me acompaña hasta la puerta, voy a comprar cigarros... Me guardan mi café, aunque se enfríe.

Se alejaron hacia el recibidor, Viviana murmurando: **"Cuídate hijito, que la calle se pone muy mala a estas horas, tú sabes el elemento que se suelta, el otro día me dijeron que asaltaron a un señor extranjero; le quitaron hasta el pasaporte y un cadenón de oro..."** y Rolando asintiendo: **"Claro, claro, claro"**.

- Este café nos pone peores las ganas de fumar - pensó en voz alta Lolu.

Adria prendió el cigarro que aún conservaba entre los dedos.

- Que no se diga, le doy la primera calada y nos lo fumamos entre todos.

Pasó el cigarro de mano en mano, entre buche y buche de néctar negro, hasta quedar reducido a una expresión infumable, que quemaba las puntas de los dedos. Adria lo soltó con pena y miró como se terminaba de consumir en el cenicero de plata, recuerdo de los abuelos que vivían en los E.U., recordando con nostalgia su lujosa casa, bella aún a pesar de sus paredes desconchadas, su jardín convertido en huerto de las hierbas necesarias para preparar comida china y su patio con glorieta transformado en criadero de pollos, imprescindibles para el chop suey, oferta principal de la cocina de Miguel.

- ¿Qué hacemos mientras llegan los cigarros? La espera me mata - se quejó Aldo, mirando desconsolado la botella de ron acabada de destapar.

- ¿Por qué no hacen una competencia de cuentos? - propuso Viviana, reapareciendo en escena - En mi época se hacía para amenizar las fiestecitas...

- ¡Ay, mami! - se sulfuró la hija - ¿De qué vamos a hacer cuentos? Como no sea de animales: tu perro sato que estampa su firma en las columnas, el dálmata loco que nos dejó papi como herencia, para no hablar de la más reciente adquisición de Miguel, **"Es tremenda inversión, dejen que empecemos a vender los cachorros..."** y resulta que come más de lo que preña, porque hay que esperar a encontrar una lebre afgana en período de celo, que no esté comprometida y que se deje coger por el zonzo de Mefisto. Como si fuera poco, las palomas mensajeras que está entrenando mi tío en la azotea; por cierto, las trajo diciendo que era por un mes y ya vamos para un año. Súmale las gallinas, que con tres perros en casa y nos roban una a cada rato... ¡Aparte de eso no tengo otro tema de conversación! ¿Por qué creen que inventé una fiesta?

- Calma, mi vida, no está mala la idea - reflexionó Miguel -. Hacemos un cuento por pareja. Dado tu estado de ánimo, nos va bien con uno, que puedo hacer yo...

- Pongo una sola condición: la historia debe ser basada en hechos reales, un testimonio - apuntó Susana.

- Sí, pero que ronde alrededor de los animales, para estar a tono con las quejas de la anfitriona y con la carrera mía y de Susi - concluyó Aldo, pasando el dedo por el fondo de la taza y chupándose el -. Al final elegimos el mejor por los aplausos alcanzados.

- Vale, empiezo yo - dijo Miguel, sentándose en el piso -. La cosa va por el robo de gallinas. Como dijo Adria, es rara la semana en que no se llevan una,

incluso dos. Pues me dijo Víctor Manuel, el de la casa de al lado, que había visto al gato de Candita rondar por el patio, el desgraciado nos está llevando la materia prima de mi chop suey. Nos pusimos a vigilarlo y, efectivamente, lo vimos entrar al patio una noche, pero los perros estaban sueltos, formaron una algarabía tremenda y lo espantaron...

- No digo yo si tiene que robar gallinas - lo interrumpió Viviana - si la viejita apenas le da comida. Ella tampoco come mucho, como no se decide a alquilarle a los turistas, que es lo único bueno que se puede hacer en este barrio, o el negocio de Miqui...

- O meterse a prostituta, mamá suegra, pero ese no es el caso de Candita, que ya tiene más de ochenta años - retomó el hilo a duras penas el narrador -. Volviendo al gato, Víctor Manuel nos sugirió ponerle un anzuelo con pescado, recogiendo previamente a las gallinas y a los perros. Luego de tener lista una caja grande, debía ir halando el cordel con el anzuelo poco a poco y traer al ladrón hasta ella, cogerlo, montarme en la bicicleta y dejarlo lo más lejos posible... Ya estábamos cansados de esperar cuando, de pronto, aparece el gato. No más ve el pescado, se lanza...

Silencio. Miguel mira a los oyentes, disfrutando el suspense.

- ¡Dale, suéltalo! - le grita Lolu mordiéndose una uña.

- El infortunado tenía demasiada hambre, o yo soy pésimo pescando en tierra... No tuve tiempo de halar la pita. Se tragó el pedazo de pescado con anzuelo y todo, por más que tiramos no pudimos sacárselo. Finalmente, Viviana tuvo lástima y cortó el hilo lo más cerca que pudo del hocico del gato, que se fue corriendo.

- Desde entonces, el animalito anda por el barrio con el pedazo de pita colgándole de la boca y el anzuelo quién sabe dónde - concluyó Adria estirando los

pies -. Lo mejor es que el muy cabrón se sigue robando las gallinas y no vamos a dejar de dormir otra vez por cogerlo, aparte de que esa noche con el lío de recoger a la materia prima nos cagaron toda la sala.

- ¡Bravo! - aplaudió Susana - Como ese cuento fue por el hombre de la pareja número uno, yo voy a representar a la pareja número dos. Aldo, ¿hago el cuento de las abejas?

Él se encogió de hombros, displicente, sin apartar la vista de la botella. Ella, tomando el gesto por consentimiento, comenzó a hablar:

- En el segundo año de la carrera teníamos que hacer un experimento con abejas, había que fabricar una colmena artificial, atraer hacia ella un enjambre y observar su comportamiento. El equipo lo formábamos Aldo, el negro Eduardo y yo. Luego de varias semanas hablando con todo el mundo para que nos avisaran de cualquier concentración anormal de abejas, nos llamó por teléfono mi tía Cuca, la que vive en la playa de Cojímar, para decirnos que tenía una colmena en la mata de naranjas del patio; recién la había descubierto y estaba aterrorizada. Le pedimos que nos diera un día para preparar las condiciones y nos gritó que si no íbamos en ese mismo instante le pegaba candela al árbol, aunque con eso quemara la casa... Se supone que para atrapar abejas hay que coger un cajón, una lata y un palo. Te paras detrás del cajón y le das golpes a la lata; por alguna razón misteriosa, las abejas buscan el sonido y se van metiendo en la caja, luego la cierras con una tela metálica y te las llevas para donde quieras, al menos eso nos dijeron... Fuimos a buscar a Eduardo y le dijimos que a él le tocaba pegarle a la lata, protestó un poco, pero terminó aceptando. No más llegar, nos abrió mi tía con una botella de kerosén y un fósforo, si nos demoramos un segundo más, arde aquello porque su casa es de

madera. Pusimos la caja en el patio, colocamos detrás de ella a Eduardo y nos retiramos a la cocina. A nuestra orden, comenzó a golpear la lata.

- ¿Y las abejas fueron para la caja? - preguntó Viviana.

- Para mí que eran sordas; el pobre tuvo que estar una hora dando golpecitos. Cuando empezaron a volar hacia la caja, entiéndase que también hacia él, nos buscó con la mirada y sólo entonces descubrió que estábamos resguardados tras los cristales de la ventana. "**¿Cuál es la función de ustedes?**", nos gritó. "**Observadores**", le respondí atorada de la risa, "**estamos tomando notas del comportamiento de los insectos**". "**¿Y por qué me escogieron a mí para golpear la lata?**" preguntó rodeado completamente de obreras furiosas. "**Porque dicen que los negros tienen más sentido del ritmo**", se le ocurrió decir a Aldo, lo cual bastó para que Eduardo dejara la lata y nos cayera atrás con el palo. Las abejas lo siguieron y así corrimos por la calle central. Yo iba delante, Aldo detrás gritando: "**Disculpa, compadre, hay que tener sentido del humor**", Eduardo de tercero, mentándole la madre a Aldo, y el enjambre cerrando la procesión. Terminamos metidos en el mar hasta el cuello, hasta que las abejitas se olvidaron de nosotros.

- ¿Y tu tía? - preguntó Adria.

- No sé, no volvimos a visitarla después de aquello y no hemos podido llamarla, porque en la carrera a Eduardo se le enredó el pie con el cordón del radio y éste en su caída arrastró el teléfono. Me imagino que se acostumbró a convivir con la colmena, porque no hemos escuchado nada acerca de un incendio en Cojímar.

- ¡Genial! - aplaudió Viviana entusiasmada - Esa está mejor que la del gato.

- ¿Y usted, suegra, no nos va a contar una historia de animales, con tantos que tiene en la casa? – le preguntó Miguel, celoso.

- Tal vez... voy a contarles del día en que presenté a mi difunto esposo a mis padres.

- ¡No, mami, esa no! - se escondió Adria debajo de un cojín, para salir al instante, escupiendo pelos de lebrek afgano.

- ¡Que la haga! ¡Que la haga! - corearon los demás, batiendo palmas.

- Bueno - continuó ella, acomodándose el moño con gesto coqueto -. Él venía de una familia muy humilde, por lo que tenía que trabajar en una textilera, pero estudiaba derecho por las noches y prometía ser muy buen abogado. Terminó siendo chofer de taxi porque daba más dinero... Volviendo al día de la presentación, yo le había hablado a mis padres de él, mi mamá había preparado una comida suculenta para impresionarlo: arroz blanco, frijoles negros, puerco asado en púa, plátanos maduros fritos, ensalada mixta, frituritas, buñuelos en almíbar, dulce de guayaba con queso blanco...

- Ay, Viviana, me voy a desmayar de hambre - se quejó Aldo.

Ella se levantó del sofá, se dirigió a la cocina, regresó con una lata de galletas, un pomo de mayonesa, una cucharita y continuó su historia, mientras todos tragaban casi sin masticar, tratando de no sentir los olores del sofrito y el cerdo chisporroteando sobre las llamas.

- Pobre Juan Carlos, comió tanto que le entró un tremendo dolor de barriga y pidió permiso para ir al baño. Cuando llevaba encerrado media hora, se levanta mi mamá y dice: "**Caramba, se me olvidó decirle al muchachito que la cadena del baño está medio zafada y hay que halarla fuerte para que descargue**". En ese momento apareció en el comedor mi Juanqui, pálido y sudoroso, dando las gracias por la comida.

- Suegrita, ¿recuerda que el cuento tenía que ser sobre animales? Aparte de contarnos que su difunto esposo comió como un cuadrúpedo, que él allá arriba me perdone – dijo Miguel señalando el techo -, ¿dónde están los animalitos?

- Ya vienen, Miqui, ten paciencia... Se le ocurre a mi madre preguntarle cómo había adivinado que la cadena tenía que ser tirada con fuerza y él responde, inocente: **"Como vi que no funcionaba, le eché el cubo de agua que estaba al lado, no se preocupe, que descargó perfecto"**... Mi padre era piscicultor, tenía su orgullo cifrado en una pareja de peleadores a los que había vigilado durante el celo, la cópula y el embarazo. Cuando nacieron las crías, casi microscópicas, estuvo horas con un colador sacándolas de la pecera y echándolas en un cubo. Terminada la labor, dejó el receptáculo en el baño, lejos de la vista de los curiosos, diciendo: **"Para que no le vayan a echar mal de ojo a los futuros campeones"**. ¿Tengo que explicarles el resto? Mi padre y mi esposo nunca volvieron a intercambiar una palabra, mi viejo no le perdonó el uso que dio a sus peleadores.

- Viviana - sonrió Lolu mientras los demás aplaudían -, quién diría que era tan buena contando cuentos, creo que va a la delantera.

- Oye, mulata - se colocó Miguel de un salto frente a ella -, no te hagas la disimulada, el hecho de que tu marido no llegue no significa que te vas a quedar sin contar algo, no me digas que no tienes un testimonio que aportar.

- Claro que tengo, pero lo hago sólo si prometen no comentarle nada a Rolando, sobre todo si entienden que si él llega me tengo que callar, vaya por donde vaya...

- Esto está más que bueno - dijo Adria levantando la mano -. Prometo.

Cuatro manos se sumaron a la suya.

Lolu comenzó a tomarse el café de Rolando, lentamente, mientras hablaba.

- Como saben, mi esposo tiene un trabajo que le exige hacer viajes al exterior, en ese tiempo me quedo muy sola, sobre todo espiritualmente y a veces, sólo a veces, tengo que buscar compañía.

Un murmullo recorrió la habitación, acompañado de miradas y sonrisas cómplices.

- Sabemos - concluyó Susana.

- En este último viaje conocí a un muchacho muy especial. Me invitó a una exposición de fotografías, al teatro, a un recital de poesía... Claro, no pasó nada hasta al menos una semana, saben que me tengo que dar mi lugar.

- Sí, hasta que le sacas un poco el jugo - la palmeó Miguel en la espalda -; vamos al grano, que llega Rolando y nos perdemos la acción, si es que la hubo.

- Como era tan educado, me daba a veces la impresión de que era medio amanerado, pero me miraba con una expresión que parecía que me quería comer. Al fin arribó el esperado momento: Llegamos a su casa después de un concierto, empiezan las primeras caricias - mira al expectante grupo, olvidado de las galletas con mayonesa - y vamos al cuarto... Pues ahí viene la sorpresa: me saca de una gaveta dos pares de guantes de boxeo y me dice que tengo que boxear con él, que sólo así consigue excitarse.

- ¡Oye! - gritó Aldo - ¿Y qué hiciste, mulatísima?

- Le pregunté que si tenía pollos en el congelador, esa es mi comida favorita y boxear me iba a dar hambre. Me respondió que sí, que dos enteros, le dije que los pusiera en el microondas y nos entramos a golpes. Cuando una se encuentra un amante tan creativo tiene que seguirle el ritmo.

- Bueno, hay algo que no entiendo - protestó Susana - habíamos quedado en que la historia fuera de animales y, aparte de que has puesto a tu marido como un

venado, no veo al espécimen por ninguna parte, a no ser que nos digas que el muchacho que parecía maricón era una bestia... ¿Cómo nos dijiste que se llamaba?

- No lo dije - respondió Lolu, riendo con picardía -, y como amante no fue tan bestia, pero tampoco estuvo mal, se mantuvo a la altura de mis expectativas, aunque como siempre, regresé a los brazos de mi esposo. Si te interesa el nombre, es Víctor Manuel, el vecino de la casa de al lado.

- ¿Víctor? - se asombró Viviana - Yo que pensaba que era... eso mismo... tan fino.

- ¿Y los animales de la historia? - insistió Susana.

- Los pollos que nos comimos, eran los que les roba a Miguel una o dos veces por semana. Sólo tiene que saltar el murito, el tío de Adria le hace señas desde la azotea para avisarle cuando los de la casa se duermen y le cobra con un animalito de vez en cuando, por eso el entrenamiento de las palomas parece no acabarse nunca, porque le está mejorando la dieta al viejo. Víctor me dijo que como los perros lo conocen, casi le ayudan a llevarse las gallinas y, a modo de compensación, cuando él las limpia, les deja caer los menudos, sobre todo al lebrél, que tiene debilidad por las mollejas. Por cierto, a sus virtudes como amante le sumo las de cocinero... Después de tanto boxear, los pollos me supieron a gloria.

El timbre de la puerta anunció la llegada de los cigarros.

EL PERRO DE PUCHO

***“Cuando salí de La Habana
de nadie me despedí,
sólo de un perrito chino
que venía tras de mí”
Tonada popular***

Se encontraba disfrutando de un almuerzo en El Floridita, sintiéndose Hemingway, cuando algo le rozó la pierna. No puede decirse que la culpa fue del hueso que le arrojó, porque Pucho había ordenado filete de pargo a la parrilla. El caso es que el perro chino no se le despegó a partir de ese momento. Los bromistas – porque hay para todo, incluso en estas ocasiones – aseveran que se habían conocido en una reencarnación anterior.

En fin, que Pucho regresó al Taller de Gráfica con el perro detrás. Todo el día, mientras entintaba las piedras y daba vuelta a las manivelas de las prensas, fue el hazmerreír de sus colegas, porque aquel animal gris, pelado, con el copetito amarillo en la cabeza, era lo más feo y desaliñado que pueda imaginarse. La cosa no hubiera llegado muy lejos, si al final de la jornada el chucho hubiera tomado su rumbo; pero lo siguió a casa de La Cantante. Aquello le costó un escándalo de esos de “o la porquería esa o yo, para animales contigo me alcanza”...

Así comenzó el desandar de Puchito con el perro. Intentó despistarlo de todas las formas posibles, abandonó su bicicleta por taxis lujosos, con olor a gente famosa; al ver que tampoco esto resultaba, cambió los taxis por autobuses repletos, malolientes a sudores de jornadas laborales, pero nada, la figura del perro lo aguardaba siempre al descender del vehículo.

En un acto de desesperación, se internó una tarde en los salones del Palacio de los Capitanes Generales, con la esperanza de que el aroma de las antigüedades

opacara el sentido del perro, que atronaba allá abajo con sus aullidos, pero fue llamado por el altavoz porque el animalito se plantó en la puerta y no dejaba pasar a la directora.

Finalmente, un amigo le sugirió que abandonara la ciudad. Si pedaleaba con todas sus fuerzas hasta el pueblo donde vivía su prima, nada menos aquel Caimito del Guayabal que tanto amó Lorca, y se internaba allá el fin de semana, al regreso el can habría encontrado otro entretenimiento.

A la mañana siguiente estaba Pucho dispuesto a recorrer los kilómetros necesarios para no perder a La Cantante. Al cabo de dos horas de darle a los pies se sintió libre – creo que ese sentimiento de libertad fue lo más importante -, suspiró y, al mirar al frente, distinguió al perro parado en la carretera, esperándolo mientras meneaba la cola sin pelos.

No sabemos si la culpa fue de aquella visión, si de todas maneras la bicicleta iba a volcarse, el caso es que no se nos borra de la mente la imagen del perro junto a la lápida de Pucho. Hay quien dice que el perro es la Muerte, y está esperando su próxima víctima.

Yo digo que el destino es del carajo y que a lo mejor quedarse con el perro le hubiera dado suerte, porque La Cantante tiene otro marido, todos lo sabían menos él, y pensaba botarlo usando el perro como pretexto; alguien va tarareando bajito aquello de “Cuando salí de la Habana, de nadie me despedí, solo de un perrito chino, que venía tras de mí...”, mientras otro asevera que cuando viene tu momento, con perro o sin él te vas para el reparto boca arriba...

La verdad nada más la saben Pucho, y el perro.

ÚLTIMA MORADA

El coche fúnebre acababa de cruzar el suntuoso portón de la necrópolis, ostentador del sugestivo cartel "**Una sola vía: entrada**", cuando el chofer hizo la pregunta:

- ¿Lo van a pasar por capilla?

- ¿Qué?

Fue todo lo que atinó a decir la hija del difunto, agotada por los trámites burocráticos, la noche en el duro sillón de la funeraria escuchando pésames, la última madrugada en la silla del hospital, sosteniendo la mano que ya no sentía su tacto y, más que todo, por los seis meses junto a su cabecera.

- Bueno, señorita, lo siento, es que a algunos muertos los pasan por capilla para darles una misa de despedida y a otros los entierran y ya, el familiar que acompaña el carro fúnebre es el que da la orden cuando se pasa el portón... Como usted no decía nada...

- No, es a mí a quien tiene que disculpar... Es la primera vez que entro a un cementerio. Sólo tengo diecinueve años y nunca se me había muerto nadie, a no ser mi abuelita y para eso, como era una niña, me dijeron que se había ido para el cielo. ¿Qué me sugiere?

- Pues que busque a algún pariente y le consulte, los que deciden para dónde coger son los familiares - insistió, calándose la gorra.

- Si usted conociera a mi familia como yo... - pensó en voz alta la joven, sumando una preocupación más a las que ya le estaban empezando a dibujar finas líneas alrededor de los ojos -. En fin, si no queda más remedio, espéreme ahí, que ya le avisaré.

- Sin prisas, señorita, mis clientes nunca están apurados - dijo el chofer, reclinándose, no se sabe si en tono de broma o por la pérdida de sensibilidad que aporta lo cotidiano.

Aurora contempló, aún sin atreverse a tomar una decisión, la fila de automóviles que se acercaba lentamente y comenzaba a estacionarse detrás del que conduciría al padre a su última morada, después de haber saltado de la casita de madera que le vio nacer en un pueblito perdido en las montañas, al cuartico de la pensión donde mal vivió en la época de estudiante y luchador clandestino, a la suntuosa mansión que le fue otorgada al triunfo del Gobierno Revolucionario por su participación en las gestas libertarias, al lujoso apartamento a donde fue a parar cuando la madre llegó del hospital materno con ella en brazos y se encontró un ligero negro con encajes - que aún guardaba como prueba de la felonía -, debajo de su almohada, mínima prenda con olores a hembra, causante de que se viera obligado a cambiar la casa por dos viviendas para dejarle una a ella y su madre... A partir de ahí fue saltando por una serie de apartamentos, más pequeños después de cada divorcio, para terminar en un cuartucho en la parte más vieja de la ciudad.

"Desde que yo nací sufrió una tendencia a la reducción habitacional", pensó y casi le dio pena sonreír. La parentela no entendería que no albergaba tristezas por haber dejado partir a su creador, enfermo de bien vivir, bien comer, bien fumar y bien beber. Primero fue la gota, luego los pulmones... se temió que fuera cáncer, pero todo quedó en la persistente tos de fumador de tres cajetillas diarias de cigarrillos rubios, hasta que se instaló el mal del hígado, que se lo fue llevando, mientras ella le compraba caramelos, helados y cuanta mala crianza se le antojara, desde un pececito dorado en una pecera, hasta los últimos videos del serial sobre cárceles que estaban pasando en Estados Unidos, robados de la

televisión por cable, en antenas ilegales que cubrían como telarañas la visión del cielo.

"A mí no me llores, Aurorita, porque he disfrutado las mejores mujeres, los mejores lomos de cerdo y el mejor ron del universo, cuando me vaya, le dices a todos que se ha ido un gran jodedor, que lo único noble que hizo en el mundo fue tenerte a ti", le decía cada vez que la veía entristecerse... Al fin comprendió que su padre tenía razón. Alejada de su compañía desde la primera infancia por una madre demasiado resentida, le habían enseñado a rechazarlo, volviéndolos casi extraños.

Fue su enfermedad quien los acercó. La llamada telefónica **"Auro, mi niña, ahora sí estoy completo"**, la hizo visitar por vez primera el cuarto resultante de la última ruptura matrimonial. Hacía más de cinco años que no se veían, desde aquel cumpleaños, el último que le celebraron, en que él, no más atravesar la puerta, se enredó en una discusión con la madre acerca de su vestido de florecitas y sus trenzas con enormes lazos, **"demasiado infantiles para quien dentro de poco va a tener marido"**.

Ahora reconocía que su padre había tenido razón, apenas un año después perdía la virginidad en un baño de la escuela, pero entonces lo había odiado. **"Ese sí conocía la vida, sonrió de nuevo, sabe Dios qué le había encontrado a mi madre, tan mojigata..."**. Evocó la primera visión de la habitación múltiple, su olor ácido, su reguero. Lo encontró acostado en una camita donde hubiera dormido un niño, más delgado que nunca, acusando un extraño color amarillento en la piel. **"Qué viejo te me has puesto, si me demoro un poco más no te conozco"**, pensó mientras lo abrazaba.

Desde entonces apenas se habían separado. Habían disfrutado de seis meses para contarse los innumerables pecados, reír juntos de las manías de la madre - a quien él juraba amar aún, como a toda mujer que había acariciado -, burlarse de la vecina que lavaba cantando zarzuelas, alimentar al pececito, hacer crucigramas a dúo en viejas revistas polvorientas.

"Por tu culpa se me va a quedar la manía de hacer crucigramas, pensó, al menos delante de ti podía fumar, reírme alto, tomarme una cervecita y sentarme con las piernas cruzadas sin que me miraran atravesándome con cara de *mira a quién saliste*. Cómo te voy a extrañar, coño, te volviste mi mejor amigo". La primera lágrima la sorprendió, evaporándose casi completa en un rayo del sol. El brillo momentáneo en su mejilla hizo que la madre bajara del auto de las ex esposas, el segundo en la fila.

- Aurorita, mi amor, no te descompongas ahora; mira que tienes que organizar esto, así lo quiso tu padre, exigiéndote demasiado para tu edad, como siempre. Ya llorarás cuando regreses a casa, porque hoy mismo te mudas de ese muladar.

- No empieces a hablar mal de él o ahora mismo te dejo plantada con muerto y todo - el brillo en los ojos de la muchacha se tornó amenazador -. Del muladar no me voy, porque nunca me sentí tan en casa, además... no salí del carro a llorar.

Armándose de paciencia, mientras hacía oídos sordos a insinuaciones sobre la necesidad de visitar a Conchi, la amiga del conservatorio cuya madre era graduada en psiquiatría, le transmitió la preocupación del chofer. La madre, divorciada hacía tanto que no lograba recordar las preferencias del fallecido, sugirió preguntarle a las que también habían compartido con él vida y lecho, porque con las ex cuñadas no se hablaba. Se dirigieron a la ventanilla del carro, para no llegar a acuerdo alguno: la segunda esposa decía que él era nihilista; la tercera afirmaba que era iniciado en

Santería; la cuarta, prima de la segunda, terciaba que lo había oído hablar de masonería **"y ellos tienen sus rituales, debíamos haberlos llamado"**; la quinta hizo su entrada en el debate aseverando que él iba a la iglesia con ella los domingos.

"Parecen gallinas cloqueando porque se les fue el gallo", pensó Aurora, **"y mi pobre padre asándose bajo el solazo"**.

Las dos primas, que no se llevaban bien desde que una acogió al marido de la otra como amante y luego como esposo, obviando al parecer el motivo que originó la discusión, estaban ensalzadas en una aguda polémica filosófica. La madre porfiaba con la tercera, inclinándose por el ateísmo del difunto **"no lo creo capaz de tanto oscurantismo, nada más me faltaba saber que tuve una hija con un brujo"**.

- Con el mayor respeto de las señoras, creo que él se iba por la creencia religiosa de la mujer de turno, si se me permite dar opinión - dijo el chofer del taxi, mirando los senos de la quinta esposa, apenas ocultos bajo una blusa de verano -. Yo, por ejemplo, creo en Dios y me caso hasta por la iglesia, si me enamoro de una católica.

Un pitazo proveniente del taxi de las hermanas interrumpió la discusión, acompañado de un **"Caballeros, ¿qué pasa que se ha detenido esto?, ¡muévanse que hay tremendo calor!"**, más adecuado para una comparsa que para una comitiva fúnebre. Las cinco esposas y la hija se encaminaron hacia allá y cada una a su modo explicó el motivo de la demora.

- Mi hermano siempre fue católico, yo misma lo llevaba a la iglesia. Lo que pasa es que cuando se metió en el comunismo tenía que llevar la religión tapada -

dijo la mayor, tan obesa que ocupaba casi todo el asiento trasero, con el brazo de boxeadora asido a un abanico que no cesaba de agitar.

- Es verdad, si hasta en la universidad llevaba la medallita de la Virgen que le dio nuestra madre, Dios la tenga en su gloria - se persignó la más joven desde la ventanilla delantera.

Aurora apretó algo duro que tenía en el bolsillo del pantalón, mientras le parecía escuchar la voz cascada de los últimos días, **"Cuando tengas un buen comprador la vendes, hija, es de oro dieciocho, fue lo único que le pude tumbar a las arpías cuando murió mamá"**. Estaba realmente muy cansada, las piernas se le doblaban.

- Yo creo que fue monaguillo - se escuchó el tono gangoso del tío retardado que no habían tenido con quien dejar y ahora se ahogaba entre las carnes de su compañera de asiento.

- Usted, cálese, tío, o le doy su pastilla para dormir - le regañó la sobrina menor.

Al tiempo que las ex esposas trataban de calmar a Pancho, que lloriqueaba diciendo que no quería dormir, sino ver a su sobrino, la hermana obesa había conseguido salir trabajosamente de su asiento y fue a pararse frente a la procesión, ocultando gran parte del paisaje.

- Lo pasamos por capilla, hacemos la misa y punto – dijo con tono autoritario.

- ¡Jamás!

El grito provenía del elegante auto negro donde viajaban los compañeros del Partido. De la puerta delantera se bajó un anciano uniformado, ostentando incontables condecoraciones. A grandes trancos fue a pararse junto a la voluminosa dama.

- Que jamás se diga que a un fundador del Partido Comunista se le ha enterrado con una misa. El hombre era marxista leninista, y la ideología es más fuerte que cualquier religión... Pensaba despedirlo con unas sentidas palabras, pero ahora propongo que se le entierre con un himno revolucionario, La Internacional, por ejemplo. Los que estén de acuerdo que levanten la mano - dijo alzando el brazo.

- ¡A mí no me vengas con consignas, que no estamos en una de tus reuniones! ¡Mira que nos conocemos, tanto comunismo y tomas whiskey escocés! - le gritó la gorda, dándole un abanicazo que le obligó a bajar la mano.

- ¡Con razón tu hermano no te soportaba, vieja bruja! - protestó el militar sobándose el codo dolorido.

La cosa empezaba a tomar cariz de contienda mayor, ya se abalanzaban los ocupantes de los autos traseros gritando opiniones tan interesantes como: "**Los marxistas no creen ni en su madre**", "**Los comunistas también van al cielo**", "**Yo le hacía la misa, por si acaso, nadie sabe lo que hay del otro lado**", "**Cualquiera que lo conociera sabía que él nada más creía en Santa Botella, Santa Mulata y San Cigarro**", "**Vamos a someterlo a votaciones, como dijo el general**". Se escuchaban bocinazos de protesta de otras comitivas, impedidas de continuar camino; las personas que pasaban por la calle preguntaban a los ocupantes de los últimos vehículos si había habido alguna epidemia o cataclismo que provocara tal embotellamiento en la entrada del cementerio; la quinta esposa aprovechaba la confusión para pasarle un papelito al chofer del tercer auto; el del coche fúnebre roncaba ruidosamente; ambas facciones amenazaban con irse a las manos...

- ¡Está bueno ya!

El grito de Aurora se impuso sobre cualquier otro sonido. Al punto de la extenuación, agobiada por las discusiones, ocupada en consolar al tío abuelo, que no paraba de preguntar por su sobrino, había recordado las razones que la habían conducido a ese lugar.

- ¡Coño, parece mentira! Se les ha olvidado que estamos aquí porque murió mi padre, no un comunista, ni un religioso, sino un hombre, la mejor persona que he conocido, que aún muriéndose estaba más vivo que todos ustedes. ¡Ni misa, ni himno revolucionario, ni discurso, ni un carajo! No me mires así, mamá, las malas palabras las aprendí con él, no te imaginas la cantidad de cosas que fue capaz de enseñarme en sólo seis meses. ¿Con qué derecho se atreven a opinar? ¿Dónde estaban ustedes, las esposas, las hermanas y los amigos en esos seis meses? Porque la única compañía que yo recuerdo fue la de un pececito que compré para no dejarlo solo cuando iba a buscar sus medicinas - se enjugó una última lágrima y continuó -. Usted, tío, venga conmigo, que le voy a enseñar donde está su sobrino; los demás, ¡a sus coches! Nos vamos directo para la tumba, a dejar a mi pobre viejo descansar en paz. ¡Y no se hable más del asunto!

Un silencio vergonzoso devolvió la tranquilidad al entorno. Regresaron los contendientes a sus asientos mientras Aurora despertaba al chofer a sacudidas y hacía un lado al tío abuelo, que ahora sonreía con su expresión ausente de siempre. Los motores arrancaron al unísono y comenzaron su marcha hacia la última casa que habitaría el causante de tan polémico momento, pequeña morada definitiva que sobre una lápida, mandada a construir por orden suya, rezaba:

"Aquí yace, en contra de su voluntad, un tipo que amó la vida"

PASTEL DE NATA

Hay quien dice que Dios no juega a los dados, que vengan y me lo repitan ahora, después de lo que acabo de vivir.

Me encontraba en casa con una de esas amigas que nos tocan por karma, de las cuales no sabemos ni cómo nos las ganamos ni cómo podremos desembarazarnos de ellas. A veces se pierden un tiempo y decimos “ya, nos libramos”, pero qué va... cuando menos lo esperamos, cuando decidimos tomarnos una tarde libre para escuchar música bien bajito y leer ese libro que estamos aplazando, nos tocan el timbre y nos anuncian que vienen para quedarse a cenar.

Para colmo esta amiga es pavosa en toda la extensión posible de La Pava. Gafe a la máxima potencia. Hay que tener mucho cuidado con ella, porque llega observando todo y si descubre algo nuevo, digamos, mi equipo de audio – el que había encendido para escuchar música bien bajito -, me suelta “¡Qué reproductora más soberbia!”, añade “Ojalá que la disfrutes, porque a veces salen un poco falsas”... Y ahí mismo para el equipo de funcionar. Es de aquellas personas a quienes les comentas que tienes una salud de hierro y terminas ingresado, o a quienes les dices que en la cama con tu marido te va de maravillas y te tornas frígida de la noche a la mañana. Una vez, error imperdonable que no tiene vuelta atrás, le dije que en mi familia todos eran longevos y sé, desde entonces, que me aguarda una muerte temprana.

Volviendo a la escena, estaba en casa con mi amiga, pesando muy bien las palabras de la conversación para no ser víctima de sus agüeros, cuando llaman de nuevo a la puerta. Era mi tía Finita, la persona más dulce, amable e inocente que pueda imaginarse; portando una fuentecita con un trozo de pastel de nata. Le abro,

la abrazo con cuidado de no volcar el contenido de su fuente, que se ve muy apetitoso, la invito a pasar, entra ella y, sin percatarse de la presencia funesta de Isolalia – mi amiga, no podían haberla nombrado de otro modo -, me dice con la mejor de sus sonrisas:

- ¡Ay, mi sobrinita! ¡Si ves lo que me ha pasado! Estaba en la casa pensando “tengo ganas de comer dulce, tengo unas ganas desesperadas de comer cake de nata” y se me ha aparecido el vecino de los altos, el panadero, nada menos que con un cake de nata de regalo. Le digo que no es mi cumpleaños ni estoy celebrando nada y ¿sabes que me dice? Pues que al ir a cerrar la panadería vio en la vidriera de la dulcería de al lado el pastel y pensó en mí; como sabe que me gustan los dulces finos y yo era tan amiga de su difunta madre – toma un respiro y prosigue, emocionada -. Se cumplió mi deseo. Vine a hacerte el cuento y a compartir contigo un pedacito de mi buena suerte.

- Perdiste el millón de dólares – dijo Isolalia, sin inmutarse, dejando a mi tía de una pieza y a mí pensando en qué sucedería al comernos el pastel.

Lógicamente, no explicó nada, a pesar de nuestras miradas interrogantes; por tanto nos vimos obligadas a preguntarle qué era aquello del millón de dólares y qué diablos tenía que ver con el pastel de nata de mi tía. Ella, muy parsimoniosa, nos explicó:

- A todas las personas nos llega un día en que somos escuchadas por Dios, una especie de cita con él. A la mayoría los coge por sorpresa, pero si estamos preparados, nos concede un deseo. Nunca se sabe cuándo nos va a tocar, es una vez en la vida y nada más, lo importante es que nos llega sin previo aviso y hay que estar preparados.

- ¿Quieres decir que el pastel de nata de mi tía se lo regaló Dios y no el vecino? – le solté, bien molesta, mientras mi tía se persignaba y daba las gracias al Altísimo por el milagro.

- Eso digo. Hoy, a esa hora en que ella estaba concentrada pidiendo un dulce, le tocó su turno para la entrevista con el Altísimo. Claro, perdió prácticamente su oportunidad, imagina cuántas cosas pudiera haber pedido...

- Yo estoy muy feliz con mi cake – dijo mi tía, ya no tan sonriente, buscando mi aprobación con la mirada.

- Claro que sí – fulminé a Isolalia con la mirada, ya no iba a hacer falta comernos el dulce para indigestarnos, lo que comiera ese día era seguro que me iba a caer mal - ¿No ves que está contenta con su cake?

- Puede ser – siguió doña Pava -, pero imagina por un momento, Josefina, ¿no te hubiera gustado tener algo más? No me digas que no tienes sueños, ambiciones, algo que siempre has deseado hacer y no has podido...

Mi pobre tía pensó por unos instantes.

- Me gustaría pasarme una semana en un hotel en la playa, o viajar a París, o arreglar las goteras de la casa... es que son muchas cosas, si te pones a verlo así.

- ¡Exactamente! – gritó Isolalia poniéndose en pie y caminando hacia su víctima, que por poco deja caer la fuente – Son muchas cosas, pero todas, o casi todas, se resuelven con dinero. Por eso, si uno está todos los días pensando “Quiero tener un millón de dólares”, cuando llega tu cita con el Todopoderoso, él te escucha y te lo da, lo mismo da que te aparezca una herencia misteriosa, que te encuentres un tesoro, que te ganes la lotería, que un concurso de belleza, pero el millón de dólares viene y con él te sobra para arreglar la casa, ir a la playa, a París, o a donde te venga en gana. Por eso yo todos los días me mantengo firme en el

mismo pensamiento, si tengo deseos de comerme un dulce, por urgentes que sean, pienso “Ojalá tuviera un millón de dólares para comprarme un dulce”, si quiero ir a algún lugar, es “Ojalá tuviera ya el millón de dólares...” , y así sucesivamente. No importa cuándo me toque: yo estoy preparada.

- O sea que... - aún mi tía quería que se lo confirmaran, de veras que hay gente masoquista en este mundo.

- ¡Nada, mi amiga! – soltó esa risita sarcástica que usa cuando me rompe un efecto electrodoméstico - ¡Que acabas de perder el millón de dólares que te tocaba!

Ahora díganme que hago. Por un lado tengo a mi tía Finita, con lágrimas en los ojos, todavía con el trozo de pastel de nata en la mano – total, ya nadie quiere probarlo -, murmurando acerca de los millones de cosas que pudiera haber hecho con el millón de dólares; creo que anda en este momento por la necesidad de cambiar de quiropodista, porque a éste sólo va porque le queda cerca, pero hay uno mejor que si ella tuviera un auto, o pudiera pagarse un taxi, “todo por ser tan glotona y pedir el maldito cake”... Por otro lado, Isolalia, la súper Pava que no sé en qué momento me gané en otra rifa celestial destinada a jugarte malas pasadas, anda farfullando “Lo mejor de todo, o lo peor, es que nada más te conceden la entrevista una sola vez”.

La verdadera jugarreta de Dios no estuvo en darle el pastel de nata a mi tía, sino en colocarle a Isolalia en el camino.

REGALO DE CUMPLEAÑOS

Cuando se va a escoger un regalo de cumpleaños normalmente se tienen en cuenta ciertos detalles: características de la persona a quien va destinado, sus aficiones, la edad que va a cumplir (lo de sombreritos y juguetes de cuerda lo dejamos para los menores de ocho, y un bastón a quien va acercándose a los setenta suena a broma cruel).

Pero a partir de lo acontecido en el cumpleaños de Salazar, tenemos que introducir una nueva variable: sus posibles padecimientos. El día que cumplió cincuenta años, amén de la cesta de frutas que siempre le mandaba su hermano de la cooperativa agropecuaria y el libro de poesía de Maiakovski que le regaló la cuñada, le llegó una cajita proveniente de su prima de los EU, que no perdía la ocasión para mostrarles lo bien que le iba del otro lado del Caribe, conteniendo un reloj digital de pulsera.

- Mi amor, no tengo idea de cómo se pone esto en hora – dijo la esposa dándole vueltas en la mano -. Por más que le doy a los botones, sigue en blanco.

- Olvida eso, mujer, voy a ver a la niña – así le decían a la hija, a pesar de que ya andaba cerca de los treinta -, seguro entiende esto mejor que nosotros. De paso la traigo y celebramos juntos con esa comidita que me estás cocinando.

Diciendo esto, se calzó los zapatos alemanes, últimos vestigios de los intercambios del CAME, extinto hace más de una década; se colocó el reloj en la muñeca, le dio un beso a su amada y partió...

Imagínense ahora una parada de ómnibus en el centro de Ciudad Habana, atestada de personas impacientes, a las doce de un mediodía de verano. Los ómnibus pasan sin detenerse, atiborrados de gente que cuelga de las puertas, las

horas pasan y el sol aprieta - los zapatos alemanes también -. La escasez de desodorante comienza a ser algo más que un problema teórico a resolver por los economistas.

Un vendedor de cucuruchos de maní pasó anunciando su mercancía y todos, mecánicamente, le compraron uno, para después maldecir la sed y regresar a la impaciencia. **“Ya la comida de mi mujer debe estar fría”**, pensó Salazar carraspeando.

Al fin, un ómnibus acertó a detenerse. Salazar no recordó haber puesto un pie en las escaleras, más bien fue levantado y transportado por la turba que se lanzó hacia la puerta. Situado entre un gordo que fumaba un tabaco y una señora con una cesta desde la cual asomaba el hocico un cachorrito de labrador; con una embarazada rozándole las posaderas con su enorme vientre (podía sentir las patadas del bebé), casi encima de una joven de cabellos azules con muchos aros repartidos entre nariz, labios y orejas – al reflejarse el sol en tantos metales adquiría un cierto halo mágico -; sintió con alivio que el monstruo antediluviano echaba a andar avenida arriba.

Salazar estaba preocupado, no quería que la joven del pelo azul pensara que él se estaba aprovechando, pero al mismo tiempo si se echaba hacia atrás golpeaba al feto y recibía una patada ya se sabe dónde. El chucho acababa de hacer pipi sobre su zapato derecho y el fumador le tenía casi obstruido el sentido del olfato. Tratando de encoger el vientre, recoger el trasero, correr el pie derecho del charquito y respirar lo menos posible, perdió el equilibrio y tuvo que sujetarse del brazo de la muchacha.

- Oiga, veterano – le dijo ella mientras mascaba un chicle –, tenga cuidado.

- Disculpa, hijita, fue sin querer – respondió él.

- No, si no se lo digo por el agarrón; entre la peste del perro y el tabaco del gordo cualquiera se marearía, es que tiene la presión altísima.

- ¿Qué? – se sorprendió él - ¿Cómo lo sabes?

- El relojito que tiene en la mano – señaló ella - dice que anda por 90 con 160.

- ¿El reloj?

Los ojos de Salazar se posaron con asombro en el pequeño artefacto y vio como en la ventanita aparecían las mencionadas cifras. Así que él era hipertenso... En fin, con un reloj que lo vigilara constantemente, podría evitar cualquier contratiempo. De haberlo sabido, se hubiera ahorrado el viaje, total, la hija no iba a querer regresar con él, pondría de pretexto lo malo que estaba el transporte y que de todos modos tendría que cocinar para el marido.

Un manotazo en la espalda, proveniente de la dama del perrito lo sacó de sus meditaciones:

- Cuídese, que eso no se equivoca, mi hermana tuvo uno y le salió buenísimo; nos lo mandaron del Norte, oiga, qué clase de regalo, se acabaron las colas para ver al médico. Es el último grito de la moda... Su familia tiene que tener mucho dinero.

- ¿Tuvo? – fue lo único que aprehendió él.

- Falleció, la pobre, ya se sabe que los hipertensos están condenados – respondió ella y se persignó -. Su última voluntad fue que la enterraran con el reloj.

- Compadre, no le haga caso a la vieja, que ya el relojito está marcando 100 con 180 – dijo el del tabaco – mire usted que si se desmaya no vamos a poder ni acostarlo.

Salazar bajó los ojos al reloj y comprobó que efectivamente, ya el contador había subido. Sintió súbitamente un dolor en el pecho que lo sumía en estado de

semiinconsciencia. Aún así, trató de hacerse camino hacia la puerta, respirar un poco de aire puro le hubiera hecho bien; pero al abarrotamiento habitual se sumaba el de los pasajeros que nunca habían visto un medidor de presión tan sofisticado y se le encimaban, tirando de su brazo para ver mejor...

“¡Estos imperialistas inventan cada porquería!”, exclamaba una voz femenina. **“Porquería nada, eso es envidia de que él tiene quien le mande pacotilla y tú seguro te mueres de hambre”**, le respondía otra. **“Eso para mí es basura, el día que uno se va a morir está señalado y no importa si el reloj te lo dice o no”**, decía un hombre. **“Pero si te avisan a lo mejor te da tiempo de poner tus asuntos en orden”**, opinaban allá atrás. **“Para los que me van a heredar, mejor me gasto lo poco que tengo en ron, y que se reviente el reloj”**, le replicaban. **“¡Abajo el imperialismo!”** volvía la primera...

- Caballeros, creo que el veterano se partió – dijo el Hada Azul.

Esta fue la última frase que escuchó.

Vale aclarar que el finado era una excelente persona, jamás se metió en política, lo suyo era el trabajo y la familia; si aceptaba los regalos de los familiares de ambos bandos era para no buscarle problemas a la esposa, que siempre estaba en el medio de las dos facciones, mirándolo con cara de **“¿Y ahora qué hago, mi amor?”**.

La pobre esposa que, desde la mecedora donde se sienta todas las tardes, sólo sabe repetir: **“Si en vez del reloj, le hubieran mandado el par de zapatos que les pedí, porque ya los alemanes se estaban despegando...”**

PUNTOS DE VISTA

- ¿Crees en los ángeles?

- ¿A qué viene esa pregunta? No me digas que estás ganando tiempo...

- No, es que ayer le dije a mi psiquiatra que tenía un ángel metido en el cuarto, aconsejándome que me tirara por la ventana.

- ¿Y...?

- Ni siquiera me cambió los ansiolíticos, se limitó a decirme que yo era demasiado gordo para caber por esa ventana, que lo tuviera en cuenta la próxima vez que me pasara la idea por la mente. Creo que no estaba de buen humor, tal vez la esposa se andaba revolcando con un enfermero en la sala de al lado y él lo sabía, ¿a quién se le ocurre casarse con una secretaria veinte años más joven? Pero no respondes a mi pregunta, ¿crees en los ángeles?

- ¿Y tú?

- Sí. Obviamente, no en el angelito de la guarda que enseñan en el catecismo, al modo cristiano del intermediario entre Dios y los hombres, ni en los nueve coros de serafines, querubines, tronos, dominaciones, potestades, virtudes... ya sabes. Más bien como poderes cósmicos, entre la divinidad y el ser humano, pero no con función de mensajeros o guardianes de nada... Y sigues sin contestar, luego dices que estoy haciendo tiempo.

- No es fácil, son muchas teorías, demasiado complicadas; la palabra viene del griego *aggelos*, mensajero, así que me opongo a ti si por voy por esa vía, aunque también me gusta el truco cristiano de usar a los ángeles como medio para degradar a las religiones politeístas, reduciendo a los dioses menores a meros hijos de Dios, sus súbditos, o cortesanos.

- Basta, no teorices más... la respuesta es sí o no, ya tienes la mía, ahora pido la tuya.

- El mundo no se reduce a sí o no, creer y no creer son categorías que se funden, son sólo puntos de vista...

- ¿Soy tu amigo?

- Sí.

- ¿Te gusta el póquer?

- Sí

- ¿Crees en los ángeles?

- No. Es definitivo.

- Así se habla - y exponiendo las cartas -. A ver si me superas este Full House.

- Escalera de color, he vuelto a ganar.

- Oye, es todo lo que me queda de la pensión, dame un crédito hasta el domingo, para terminar el mes con cierto decoro.

- Si no quieres perder, no juegues. ¿Has oído hablar de la nueva masajista que se instaló en el Barrio Chino? Tu dinero me paga un tratamiento completo.

Recogió los arrugados billetes, se agazapó en el borde de la ventana, desplegó sus alas y se lanzó al vacío, haciendo una increíble pirueta antes de elevarse sobre los destartalados edificios de la más bella de las ciudades.

Ilustración de Ray Respall